

ANALES DEL ATENEO

DEL URUGUAY

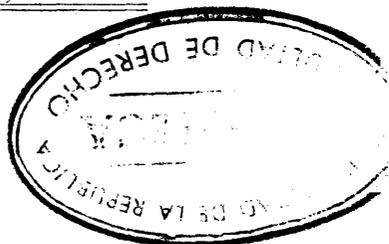
AÑO I — TOMO II

MONTEVIDEO, ABRIL 5 DE 1882

NÚMERO 8

Un libro americano

POR EL DOCTOR DON JUAN CÁRLOS BLANCO



Los gauchos, como los dioses, se van, escribía el Dr. Gómez hace algunos años en una carta, que entre otras, publicaba Estanislao del Campo, como prefacio de sus obras poéticas.

El gran escritor lanzaba entónces una afirmacion que el tiempo venía elaborando lentamente, y que toca á su definitivo desenlace en nuestros dias.

Como á la esfinge ejipeia, el desierto ha devorado á su altivo señor, y ya no se ve cruzar por las laderas de nuestros cerros, ni perderse en el horizonte sin límites de la pampa argentina, la figura legendaria del *gaucho*, fantástico producto del cruzamiento de dos razas ardientes y de la adaptacion á rudos medios de existencia.

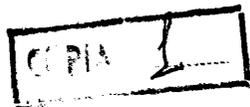
La naturaleza ha sido domeñada, y el centauro ha salido de los impenetrables montes para perder su biforme aspecto, y convertirse en hombre. Es hoy casi un campesino.

Las vastas soledades han sido purgadas de furias, y reclaman más que un Teseo vengador, un Virgilio que cante al son de la leve avena y del blando caramillo.

La mitología ha desaparecido del cielo y de los bosques de América.

Estamos, pues, en la hora solemne de una transicion orgánica y social.

Es un eslabon que se pierde de la cadena de nuestros antepasados, es un tipo que desaparece de nuestro suelo, como los mozárabes de España, como el normando de las costas francesas y el anglo-sajon de la antigua Heptarquía.



El gaucho es nuestro rey Harold, vencido en la batalla de la civilización.

Y no se crea que el fenómeno se contrae á un espacio limitado, á una sola region. Es, por el contrario, general y abraza todo el extenso territorio que formaban las Provincias unidas del Rio de la Plata.

Por todas partes, el *gaucho*, el tipo surgido como una evocacion de los incas, al conjuro de la conquista española, cede su puesto á nuevos organismos intermediarios que no pueden ocuparlo, faltos de su espíritu y su fuerza.

Esos organismos híbridos, que no se encuadran en la leyenda, ni pueden seguir las huellas del Hércules en la dilatada planicie, se adhieren en su impotencia á los grandes centros para desaparecer en breve, despues de contribuir, aunque débilmente, á la incubacion de otro estado social que ha de dar nueva faz á los países de América, como dió á las sociedades europeas á fines de la Edad Media, la aparicion de los burgueses.

Pero, ¡cuánto distan del orgulloso señor que dominaba nuestros campos!

No surge de ellos el poderoso caudillo que se llamó en un tiempo Artigas, en otro tiempo Urquiza, en otro Sandes, *el último abencerraje* de la epopeya pampeana.

Apénas si dan origen al *guasó*, vestido de militar, encumbrado transitoriamente al gobierno pretoriano de un pueblo desangrado.

No es su fuerza propia la que los eleva, no es el genio que de cualquier modo brillaba en el caudillo de la independencia y atraía y seducía á las multitudes con los arrojos de su audacia, con los prodigios de su valor, sino otra causa extraña, pero férrea, que pesa en la vida de los pueblos modernos como una capa de plomo.

Es la milicia regular, el ejército organizado, que ha surgido despues de las luchas primitivas, y de que logran apoderarse esos organismos híbridos en un momento de estupor para las sociedades donde se han infiltrado y en las cuales pretenden ocupar el puesto del caudillo de los pasados tiempos.

¡Vano alarde y grotesco remedo!

El gaucho, el *chitiefain* de las cuchillas uruguayas y de la pampa argentina, está muerto y bien muerto.

Ha recorrido su período histórico y ha desaparecido del teatro en que se mostraba como protagonista único y sublime. Nuestras poblaciones asoladas, la dispersion de las gentes, la guerra civil, en

fin, marcan su paso con llanto y fuego por la superficie de los campos; pero también se le ha visto alzarse gigante en los combates por la patria, golpear con el cuento de su terrible lanza el pecho de los invasores y abreviar tranquilo su caballo en las vertientes de los Andes, donde se libraban en rudo batallar los destinos de la América.

¿Quién descifra la esfinge?

¿Cuál es la mano vigorosa que se apodera del modelo y pinta el gaucho y nos revela su secreto, su vida, su alma, en páginas que guardará la historia?

El momento es solemne. Más tarde, será necesario recomponer la legendaria personalidad con los vestigios que ha dejado en su vertiginosa carrera, como se recompone el sér extinguido con los restos encontrados en las capas geológicas.

Pero el lema del *gaucho*, del caudillo, ha sido como el del antiguo sajón: *Nulla vestigia retrorsum*. ¡Nada detrás de mí!

Importa, pues, á la historia, á la literatura y á la leyenda de estos países, detener un instante esa creacion fantástica de nuestra época de hierro, para fijar su mision y su destino, su vida y su accion en nuestro suelo, ántes de que la losa funeraria, pronta á caer, la haya ocultado para siempre.

Por fortuna, la tarea ha sido ya realizada.

Se ha descifrado la esfinge y descubierto su secreto á las épocas venideras.

Hay un libro que lo ha revelado en páginas inimitables, donde aparece todo con su asombrosa originalidad, teatro y actores.

Es el *Facundo* de Sarmiento.

Escrito en 1845, cuando la tiranía de Rosas había completado su obra, pasando el rasero de la *santa federacion* por todas las cabezas y abatiendo las que no se doblegaban, refleja un cuadro histórico empezado en 1810, donde se ve, de un lado, la tribu triunfante con el caudillo de *manos rojas* en el alto solio, de otro, los caciques inferiores que intentan disputarse la herencia feudal del señor de las ocho provincias, caído en Barranca-Yaco al golpe de la espada de Santos Pérez, y en el fondo, la extensa llanura, la dilatada zona, que guarda en sus arenas y en sus bosques, con el *gaucho malo* y el *comandante de campaña*, el embrión de donde salieron Rosas, Quiroga y Aldao, á la vez que por inexplicable contradiccion, personalidades gloriosas, cuyos hechos se agrandarán á medida que el tiempo venga á separarnos más de la época en que se produjeron.

Todo en ese libro está á la altura del asunto: pensamiento y forma.

La literatura de estos países no cuenta otro que se le iguale.

Florencio Varela, Mitre, Gutiérrez han sido, ya un apóstol y un mártir, como el primero, ya una alta personalidad política, realzada con el renombre del historiador y del literato, cuyas obras podrán servir algun dia de modelo de estilo, como las célebres cartas que Mitre escribía sobre la guerra del Paraguay, contestadas con los rasgos del genio en las memorables réplicas de Juan Cárlos Gómez; ya un poeta y un escritor clásico, como Juan María Gutiérrez; pero tócale á Sarmiento salvar los límites del presente y legar su nombre y su obra á la posteridad.

Las letras argentinas tomaron el primer puesto en esta parte de América, con el libro que Sarmiento escribía en 1845, durante su destierro en Chile.

Es porque el *Facundo*, como el Orlando, como la Jerusalem, realiza una obra de todos los tiempos. La epopeya de hombres, sucesos y costumbres que pasaron y que no volverán á producirse en el Rio de la Plata.

Es acaso un poeta su autor?

No se trata, sin duda, de un poeta, pero seguramente de un libro que puede ser un poema.

Si yo me creyera autorizado á juzgar en tan arduo asunto, diría que Sarmiento es un gran escritor dramático, el escritor que posee esta cualidad en más alto grado de todos los que han aparecido desde 1810, en la region que formaba el antiguo vireinato.

Hay algo del genio de Shakespeare en la sorprendente naturalidad de sus personajes, que dejan ver el alma y el cuerpo, agitados por la pasion. Hay algo del admirable realismo de Walter Scott, en sus magníficas descripciones de la naturaleza.

No revela el estilo de Sarmiento la imitacion y ni siquiera la reminiscencia clásica.

Parece que no hubiera leído á Virgilio, ni á Homero, no obstante que hay en el *Facundo* páginas del género de la Odisea.

Este es el rasgo prominente del escritor original: iniciar una revolucion literaria y no seguir las huellas de la personalidad que se destaca en su época ó los rumbos de una escuela.

Sobre todo, es la influencia del presente la que más accion ejerce, y Sarmiento parece que no la ha sentido, cuando escribía en una época de esplendor literario formado especialmente por sus pro-

pios contemporáneos: tanta es la originalidad de pensamiento y de forma que resalta en el *Facundo*.

A su colorido y movimiento oratorio, podría aplicarse el juicio de Macaulay sobre un gran poema.

Parece más que un trabajo escrito, un gran discurso, una maravillosa narración hecha á cielo abierto ante una muchedumbre de espectadores que acompañaran al orador con sus gestos, su dolor y su entusiasmo.

Se ven los personajes de cuerpo entero, se escuchan sus palabras y se sorprende el pensamiento íntimo que los agita.

El *Facundo*, como estilo, es un trabajo de la más elevada oratoria, llenado por un inimitable actor, que se transforma como por arte mágico en cada uno de los personajes del drama.

Pero quiero aquí detenerme. No debo ya retardar el momento en que los lectores que no conozcan la obra del estadista argentino, puedan juzgar por sí mismos, por los fragmentos que de ella tomo sin estudiada elección.

No es mi propósito hacer un estudio literario ó político del "Facundo", ni ménos una biografía de su autor. Lo ha hecho ya Miguel Cané con el espíritu de segura observación que le distingue.

Aparte de otras circunstancias, no podía realizarlo en estas breves páginas, escritas sin la meditación y el tiempo que semejante estudio requeriría.

Los lectores me han de agradecer, por tanto, que me detenga y deje hablar á Sarmiento, para que nos muestre el cielo y la tierra de esta parte de América y nos presente el *gaucho* tal como él ha sido, con sus costumbres propias, su vida y su genio, mezcla confusa de sencillez primitiva y de soberbia indomable.

Procedamos como en el drama. Antes de empezar la acción, examinemos el teatro.

Es Sarmiento quien nos lo va á demostrar en el *aspecto físico de la República Argentina*.

"Allí, dice, la inmensidad por todas partes: inmensa la llanura, inmensos los bosques, inmensos los ríos, el horizonte siempre incierto, siempre confundiéndose con la tierra, entre celajes y vapores ténues, que no dejan en la lejana perspectiva señalar el punto en que el mundo acaba y principia el cielo."

¿No es ésta una magnífica descripción de escena?

Y sin embargo, no hemos hecho más que mirar por un pliegue del telón.



Fijémonos ahora en un personaje que aparece.

Es el *Rastreador*, el gaucho que *adivina* las cosas por las huellas impresas en el camino.

Se llama Calibar.

“El año 1830, refiere nuestro autor, un reo condenado á muerte se había escapado de la cárcel. Calibar fué encargado de buscarlo.

El infeliz, previendo que sería *rastreado*, había tomado todas las precauciones que la imágen del cadalso le sugirió.

¡Precauciones inútiles! Acaso sólo sirvieron para perderle; porque comprometido Calibar en su reputacion, el amor propio ofendido le hizo desempeñar con calor una tarea que perdía á un hombre, pero que probaba su maravillosa vista.

El prófugo aprovechaba todos los accidentes del suelo para no dejar huellas. Cuadras enteras había marchado pisando con la punta del pié; trepábase en seguida á las murallas bajas; cruzaba un sitio y volvía para atrás. Calibar lo seguía sin perder la pista.

Si le sucedía momentáneamente extraviarse, al hallarla de nuevo, exclamaba: “dónde *te mías dir!*” — Al fin llegó á una acequia de agua en los suburbios, cuya corriente había seguido aquél para burlar al Rastreador.....

¡Inútil! Calibar iba por las orillas, sin inquietud, sin vacilar. Al fin se detiene, examina unas yerbas, y dice: “Por aquí ha salido, no hay rastro, pero *estas gotas de agua* en los pastos lo indican!

Entra en una viña: Calibar reconoció las tapias que la rodeaban, y dijo: “adentro está.”

La partida de soldados se cansó de buscar y volvió á dar cuenta de la inutilidad de las pesquisas. “No ha salido”, fué la breve respuesta que, sin moverse, sin proceder á nuevo exámen, dió el Rastreador.

No había salido, en efecto, y al dia siguiente fué ejecutado.”

Despues del *Rastreador*, pasemos á otro tipo más poético, al gaucho *cantor*, que Sarmiento muestra en escena inimitable.

“El año 1840, entre un grupo de gauchos y á orillas del magistoso Paraná, estaba sentado en el suelo y con las piernas cruzadas un *cantor* que tenía azorado y divertido á su auditorio con la larga y animada historia de sus trabajos y aventuras. Había ya contado lo del rapto de la amante con los trabajos que sufrió; lo de la *desgracia* y la disputa que la motivó; estaba refiriendo su encuentro con la partida y las puñaladas que en su defensa dió,

cuando el tropel y los gritos de los soldados le avisaron que esta vez estaba cercado.

La partida, en efecto, se había cerrado en forma de herradura: la abertura quedaba hacia el Paraná, que corría á veinte varas más abajo; tal era la altura de la barranca.

El *cantor* oyó la grita sin turbarse: viósele de improviso sobre el caballo, y echando una mirada escudriñadora sobre el círculo de soldados con las tercerolas preparadas, vuelve el caballo hacia la barranca, le pone el poncho en los ojos y clávale las espuelas. . . . Algunos instantes despues se veía salir de las profundidades del Paraná, el caballo sin freno, á fin de que nadase con más libertad, y el *cantor*, tomado de la cola, volviendo la cara quietamente, cual si fuera en un bote de ocho remos, hacia la escena que dejaba en la barranca. Algunos balazos de la partida no estorbaron que llegase sano y salvo al primer islote que sus ojos divisaron. ”

Hemos examinado una parte del gran escenario, y hemos visto aparecer personajes como el *Rastreador* y el gaucho *cantor*. Hay otros admirablemente descritos, como el *gaucho malo* y el *Comandante de Campaña*; pero cedamos el puesto al general D. Juan Facundo Quiroga, que va á mostrarse por la faz del *Tigre de los Llanos*. Es un cuadro de tragedia.

“ Quedaban en la Rioja, no obstante de la órden de Facundo, una niña y un sacerdote: la Severa y el padre Colina.

La historia de la Severa Villafañe es un romance lastimero, es un cuento de hadas, en que la más hermosa princesa de sus tiempos anda errante y fugitiva, disfrazada de pastora unas veces, mendigando un auxilio y un pedazo de pan en otras, para escapar á las asechanzas de algun gigante espantoso, de algun sanguinario Barba-azul.

La Severa ha tenido la desgracia de excitar la concupiscencia del tirano, y no hay quien la valga para librarse de sus feroces halagos.

No es sólo virtud lo que la hace resistir á la seduccion: es horror invencible, instintos bellos de mujer delicada, que detesta los tipos de la fuerza brutal, porque teme que ajen su belleza.

Una mujer bella aceptará un poco de la gloria que rodea á un hombre célebre; pero de esa gloria noble y alta que para descollar sobre los hombres no necesita de encorvarlos ni envilecerlos, á fin de que en medio de tanto matorral rastrero pueda alcanzarse á ver el arbusto espinoso y descolorido.

La Severa resiste años enteros. Una vez escapa de ser envene-

nada por su tigre en una pasa de higo; otra, el mismo Quiroga, despechado, toma opio para quitarse la vida.

Un dia se escapa de las manos de los asistentes del general, que van á extenderla de piés y manos en una muralla; otro. Quiroga la sorprende en el patio de su casa, la agarra de un brazo, la baña en sangre á bofetadas, la arroja por tierra y con el tacón de la bota le quiebra la cabeza.

¡Dios mio! ¿No hay quien favorezca á esta pobre niña? ¿No tiene parientes, no tiene amigos? Sí tal! Pertenece á las primeras familias de la Rioja: el general Villafañe es su tío, tiene hermanos que presencian estos ultrajes; hay un cura que la cierra la puerta cuando viene á esconder su virtud detras del santuario.

La Severa huye al fin á Catamarca y se encierra en un claustro.

Dos años despues, pasaba por allí Facundo y manda que se abra el asilo y la superiora traiga á su presencia á las reclusas....

Una hubo que dió un grito al verlo y cayó exánime. Era la Severa!—¿No es éste un lindo romance?"

La interrogacion con que concluye este cuadro el autor, será contestada por la admiracion de los lectores, estamos seguros de ello.

En esa escena con la Severa, Sarmiento muestra con mano maestra al *Tigre de los Llanos*.

No hay ménos interes dramático en este otro episodio, de distinto género, en que Facundo se presenta por otra faz de su alma, por la faz del caudillo.

“Era en 1833 y en dias de pavor general para Buenos-Aires, en que las jentes disparaban por la ciudad....

Una de estas veces, marchaba Facundo Quiroga por una calle seguido de un ayudante, y al ver á esos hombres con frac que corren por las veredas, á las señoras que huyen sin saber de qué, Quiroga se detiene, pasea una mirada de desden sobre aquellos grupos y dice á su edecan:

—Este pueblo se ha enloquecido!

Facundo había llegado á Buenos-Aires poco despues de la caída de Balcarce.

—Otra cosa hubiese sucedido, decía, si yo hubiera estado aquí.

—Y qué habría hecho, general? le replicaba uno de los que escuchándole había. S. E. no tiene influencia sobre esta plebe de Buenos-Aires....

{ Entónces, Quiroga, levantando la cabeza, sacudiendo su negra melena y despidiendo rayos de sus ojos, le dice con voz breve y seca:

—Mire usted! habría salido á la calle y al primer hombre que hubiera encontrado, le habría dicho: Sígame! y ese hombre me habria seguido!...

Tal era la avasalladora energía de las palabras de Quiroga, tan imponente su fisonomía, que el incrédulo bajó la vis'a aterrado y por largo tiempo nadie se atrevió á desplegar los labios."

Como antítesis del vigor de este episodio y del trágico drama de la Severa, hay descripciones de la vida primitiva que recuerdan las páginas de la Odisea por la sublime sencillez con que están escritas, y cuadros tomados de la naturaleza, como la pintura de Tucuman, que asombran por su exactitud, esplendor y magnificencia, á la vez que por la poderosa imaginación del artista y del poeta.

Pero Sarmiento no se ha limitado á grabar con buril el gaucho y á fotografiar la pampa, sino que nos ha dejado el modelo escultural de personalidades como los generales Lavalle, Lamadrid y Paz.

Civilización y barbarie luchan en el *Facundo*; y Sarmiento ha querido, porque su plan lo exigía, discutir como filósofo la fuerza y la idea y oponer como dramático á la contorsion del gaucho, la acción noble del militar ciudadano, del héroe de la Independencia.

Por eso, al lado de las investigaciones del pensador que parece haber vislumbrado las leyes de la sociología, al lado de la *costumbre* y de la *variabilidad*, como diría Bagehot, aparecen los representantes de estos elementos fundamentales, en el *gaucho malo* y en el *comandante de campaña*, en el soldado de caballería que, progresando, se convierete en oficial de ejército, y en el militar ciudadano que gana batallas con la estrategia, como el general Paz en La Tablada.

Así, pues, el *Facundo* como pensamiento, es una obra de profunda sociología; como estilo, una narración llena de vida y movimiento; como pintura de costumbres, un libro que no tiene igual, un libro único, que vivirá como los grandes dramas y los grandes poemas, donde las generaciones sucesivas van á buscar el alma de la leyenda y la vida de hombres que llenaron con sus hechos una época de la historia humana.

Sarmiento lo ha dicho con estas palabras al final de la *Vida del Chacho*:

“Las costumbres que Ruguendas y Palliere diseñaron con tanto talento, desaparecerán con el medio ambiente que las produjo, y estas biografías de los caudillos de la Pampa, figurarán en nuestra historia como los megaterium y gliptodones que Bravard desenterró del terreno pampeano. Monstruos inexplicables, pero reales.”

La realidad y la explicación de esos monstruos, se ha de buscar un día en el libro de Sarmiento.

Cuando el polvo del olvido haya cubierto la mayor parte de las obras científicas y literarias que han visto la luz en el territorio del antiguo Vireinato, cuando se hayan acumulado nuevos sedimentos sobre el terreno pampeano, y ni vestigios queden del *gaucho*, del *monstruo inexplicable*, el *Facundo* de Sarmiento, traducido y comentado, espárcirá por todas partes las páginas históricas y legendarias del hombre de las cuchillas uruguayas y de la pampa argentina.

Para los contemporáneos, es la narración del gran drama que termina en nuestros días.

Para la posteridad, será el *Facundo* el poema de los pasados tiempos que ha de merecer la apoteosis, y el libro que más brillo arroje sobre las letras argentinas de su época.

Buckle y Laurent

EXPOSICION ORAL HECHA EN EL AULA DE HISTORIA

POR EL CATEDRÁTICO D. M. IZCUA Y BARBAT

(Conclusión)

Llega un momento en que el hombre se liberta de la carga pesada del soldado, para entregarse á los pacíficos placeres del estudio y del saber; y al fin, lo que al principio constituía una insignificante minoría, concluye por extenderse por toda la masa social y absorber en su seno todos los elementos de importancia que estaban agrupados alrededor del núcleo guerrero, quedando éste reducido á asimilarse los elementos ineptos que no tienen cabida en los procesos industriales, artísticos ó científicos. De ahí que en el seno de las familias se haga una especie de seleccion, reservando los individuos que presentan algunas perfecciones mentales, para dedicarlos al comercio, á la diplomacia, á las leyes, á las artes, á la filosofía, á las ciencias en general, y enviando los más ineptos á engrosar las filas del ejército ó del clero.

La division del trabajo que se opera de este modo en la sociedad, hace que la actividad intelectual, confundida primero con la actividad guerrera, se separe para formar múltiples y complicadas vías que han de conducir la civilizacion y los conocimientos á todas las partes del organismo social, difundiendo así sentimientos é ideas de paz y de orden, sin los cuales la ciencia y la industria no pueden desarrollarse.

Esta primera influencia del progreso intelectual puede formularse en la siguiente ley, que por su exactitud es casi una verdad trivial para el historiador filósofo: *los hábitos guerreros de un pueblo están en razon inversa de la cantidad y extension de sus conocimientos.*

Pero son tantas y tales las fuerzas intelectuales que se han opuesto al desarrollo de las tendencias guerreras de la humanidad, que

es casi imposible describir su modo de accion; sin embargo, por vía de ejemplo, enumeraremos tres que bastan á confirmar la verdad de que la inteligencia, y no la moral, ha sido la causa generadora del movimiento pacífico que se ha desarrollado en todas las naciones civilizadas.

La primera es el descubrimiento de la pólvora, que dió en tierra con la desorganizada milicia feudal, para sustituirla con los ejércitos permanentes. El desórden é indisciplina de la primera, hacía frecuentes las guerras, así como su fácil y poco costoso armamento las hacía baratas; miéntras que por el uso de las armas de fuego, fué necesario disponer de mayores riquezas, no sólo por el costo más elevado de los útiles de guerra, sino, lo que es más, por el tiempo que exigía adiestrarse en la nueva táctica, haciéndose imposible que el soldado pudiera dedicarse á otra ocupacion que la del campamento y los cuarteles. Esto, indudablemente, hacía más costosas las guerras, á la vez que ménos frecuentes por la disciplina y la obediencia gerárquica, que fueron la consecuencia necesaria del nuevo régimen militar.

La segunda resistencia que han opuesto los progresos intelectuales al aumento de los hábitos guerreros, se nos muestra con evidente claridad en la creciente influencia de una ciencia que puede decirse ha salido ayer no más de su período de gestacion: la economía política.

Durante muchos siglos pasó por un principio de derecho indiscutible, que las riquezas de las naciones consistían principalmente en la acumulacion de plata y oro, de modo que se prohibía, como contrario al órden público y á la felicidad general, la extraccion del dinero metálico, y se consideraba como de inmensa importancia la introduccion de él. Como consecuencia de tales principios, las industrias extranjerias se veían recargadas con tarifas é impuestos tan exorbitantes que no podían domiciliarse fuera de las fronteras del país de origen. De ahí que el estado habitual de las naciones entre sí, fuera el de una hostilidad permanente, al extremo que pudo, con algunos visos de verdad, sostener el célebre Hobbes que el hombre es un lobo para el hombre.

La Francia, la Inglaterra, la España, la Alemania, la Dinamarca, la Noruega y los Países-Bajos, las naciones todas, en fin, no principiaban ni concluían una guerra en que no figuraran las trabas al comercio y á la industria, como una de las causas más importantes de las hostilidades; sería imposible referir las guerras de Fe-

lipo II, Luis XIV y otros monarcas que, á semejanza de la de siete años entre Austria, Francia, Inglaterra y Prusia, tenía como principal móvil la ruina del comercio con las colonias americanas y la pesca de la merluza, como decía Federico II.

Pero cuando los economistas del siglo pasado dieron en tierra con las aberraciones que habían obtenido carta de ciudadanía en el mundo económico; cuando demostraron que las medidas prohibitivas al comercio y á la industria eran la fuente de la decadencia social, léjos de ser favorables á las riquezas de los pueblos; cuando esas ideas se hicieron carne en la opinion pública, vieron las naciones el error crasísimo y el gravísimo inconveniente de considerarse enemigas unas á otras, y comenzaron á tocar retirada las rivalidades que por espacio de muchos siglos habían detenido el curso pacífico de la civilizacion.

La tercera y última causa importante que ha hecho desaparecer las hostilidades permanentes entre los pueblos, se debe á los grandes inventos que, como el vapor y el telégrafo, los han acercado unos á otros, haciendo que se conozcan mejor, y por la corriente continua de emigracion é inmigracion que han originado, se fusionen las razas, se estrechen los lazos amistosos entre los individuos y desaparezcan esas antipatías inconciliables con el progreso social. Causas, pues, puramente intelectuales son las que han obrado en la aminoracion de las guerras, lo mismo que en la aparicion y desarrollo de ese espíritu de tolerancia en cuestiones religiosas, que se ha esparcido por todas las venas del cuerpo social.

La influencia de la religion, como la de la moral, en el progreso humano, está subordinada al desarrollo de la inteligencia, de modo que puede decirse que el éxito de los misioneros religiosos en los países salvajes depende de la instruccion previa con que preparen el cerebro de sus fieles para asimilarse los dogmas y las ideas morales que les predicán. Esta verdad la constatan, segun Buckle, todos los viajeros que visitan los países convertidos al cristianismo, y que observan que allí donde los sacerdotes no han tenido el talento de introducir entre sus convertidos hábitos de pensar, la religion no ha echado raíces en su inteligencia, limitándose á las prácticas externas, sin alcanzar á reformar la parte interior del hombre.

Apegado á las leyes generales, como es el sabio historiador inglés, sólo ve la accion que la religion ejerce sobre la humanidad tomada en su conjunto, despreciando aquellos casos particulares donde,

debido á la ingerencia de causas accidentales secundarias, la ley general se encuentra modificada. Por eso sostiene que la religion, léjos de ser la causa del adelanto humano, es uno de sus principales efectos, y que si en ciertas circunstancias aparecen grandes pensadores cuyas vistas religiosas van más allá que las de sus contemporáneos, es porque una larga elaboracion anterior los ha preparado, de modo que su trabajo sería estéril si el suelo no estuviese pronto para recibirlo.

La historia entera está abí para probarnos esa verdad. Las ideas monoteístas de Moises ¿pudieran nacer sin su permanencia en los santuarios egipcios, ni arraigarse en el seno del pueblo elegido mientras permaneció en la barbarie de sus tiempos primitivos? ¿Cómo explicar sino por la elevacion de su entendimiento, que aquel pueblo, siempre reacio al culto de Jehová, hoy, que no tiene profetas que lo guíen, ni patria que lo reciba y alimente en sus creencias, profese la idea de ese dios único de los pueblos civilizados? Jesucristo, Mahoma, Lutero, ¿habrían predicado y alcanzado éxito sus doctrinas si no hubieran tenido precursores, verdaderos heraldos de la buena nueva? Esto quiere decir que sin la preparacion intelectual necesaria, la influencia religiosa es nula. Lo mismo sucede con las instituciones políticas, las que no dan fruto sino donde encuentran el terreno apto para hacerle germinar, de modo que puede decirse que sólo es posible el régimen de la libertad allí donde la masa de la poblacion ha alcanzado un grado de cultura é ilustracion suficientemente adelantado.

Tales son, someramente expuestas, las bases del sistema histórico que con razon ha bautizado Laurent con el nombre *sistema de las leyes generales* y que, en mi humilde opinion, no merece la crítica severa que de él ha hecho el erudito profesor de la universidad de Gante y de la que brevemente paso á ocuparme.

¿Se elimina acaso la libertad por el hecho de reconocer las leyes que rigen su desarrollo? No: lo que se elimina es el capricho, es la libertad de indiferencia, verdadera negacion del principio de causalidad, pero no la verdadera libertad, aquélla que para obrar reconoce motivos y móviles, aquélla que está sometida á leyes que resultan de la naturaleza misma del sér humano y de los demas séres que lo rodean. Y el mismo Laurent ¿no es el apologista más ardiente, el propagador más entusiasta de una de esas leyes, de la ley del progreso, que obra en todo el universo, desde el átomo invisible hasta el mundo organizado, desde la mónera hasta el

hombre? Luego si se incurre en el fatalismo por el hecho de reconocerle leyes á la libertad, todos historiadores filósofos son los fatalistas, inclusive el mismo Laurent.

Otra objecion más peligrosa y que importa levantar, es aquélla de que el mundo moral es una dependencia del mundo físico, si se admite que el progreso de la civilizacion necesita como antecedente necesario y *sine qua non* la acumulacion de riquezas, debida á la naturaleza del suelo, clima y alimentos. En primer lugar, que aunque eso lo sostuviera Buckle, no querría decir que la naturaleza física fuese la causa generadora de la civilizacion, sino su condicion indispensable. ¿Y quién se atrevería á decir que la inteligencia humana se desarrollaría sin la previa organizacion del cerebro y demas aparatos materiales que tiene á su servicio y que el medio en que éstos aparecen no ejerce su necesaria influencia en la naturaleza y desenvolvimiento de aquélla? Pero las palabras textuales de Buckle protestan contra el rol materialista que parece hacerle desempeñar el sabio autor de la *Historia de la humanidad*, mostrando que "la civilizacion humana puede dividirse en dos grandes partes: la una europea, en la que el hombre, más poderoso que la naturaleza, la ha dominado y sometido á su control; la otra, formada por los pueblos anteriores y extraños á aquélla, en la que la naturaleza, más poderosa que el hombre, le ha avasallado y sometido á su imperio, lo que lleva á la conclusion de que el progreso indefinido sólo se realiza en aquellos pueblos que participan de la civilizacion europea, es decir, en aquéllos en que las leyes del entendimiento humano se han sobrepuesto á las leyes ciegas de la naturaleza". Creo que no se puede ser más explícito para reconocer la superioridad nativa y la separacion estricta que media entre el mundo físico y el mundo moral.

Léjos, pues, de estar condenados los habitantes de las estepas del Asia ó de los desiertos del África á una barbarie eterna, llegarán por los progresos de su inteligencia á arrancar á esa naturaleza estéril que los circunda, los preciosos frutos de regiones más felices que las suyas; y si debido á su clima, suelo, alimento y demas aspectos generales de la naturaleza que los rodea, su civilizacion ha sido escasa y estacionaria, debido á su inteligencia han de alcanzar, aunque más lentamente, los mismos progresos á que ha llegado el resto de la humanidad.

Laurent quiere hacer de Buckle un continuador de Lucrecio, atribuyéndole la falsa teoría de éste al determinar la génesis de

sentimiento religioso; pero no es cierto que para el autor de la *Historia de la civilización en Inglaterra*, la idea religiosa nazca del temor que engendran los fenómenos asombrosos de los trópicos, sino que hacen que aquélla tome la forma supersticiosa propia del medio en que se desarrolla, lo que es muy distinto de decir que la naturaleza sola sea la causa generadora de la idea de Dios.

Tampoco se niega el progreso moral al sostener que está sometido al progreso intelectual, sino que se reconoce lo que es una verdad trivial, que la inteligencia es la condición indispensable de la moralidad.

Que la religion, como todas las demas instituciones sociales, léjos de ser una causa, es un efecto del desarrollo intelectual, el mismo Laurent lo ha demostrado brillantemente en las extensas páginas que, sosteniendo esa tesis, ha escrito en sus estudios sobre el cristianismo; allí, como en todo el resto de su obra, dice terminantemente: el presente procede del pasado y lleva en gérmen el porvenir.

Podría hacerme cargo de otras objeciones que, como las que hace Ribot relativamente á la herencia psíquica, se le han hecho á Buckle; pero no es mi ánimo hacerme apologista de su sistema, sino hacerlo conocer entre los estudiantes de historia, para la mayor parte de los que es desconocido el eminente historiador inglés.

Discurso inaugural

DEL AULA DE HISTORIA ANTIGUA

POR D. ISIDRO REVERT

Señores :

El Dr. D. Eduardo Acevedo decía en el programa de los ANALES que, en medio de la descomposicion política por que había atravesado el país, el Ateneo del Uruguay había resuelto el problema de la concentracion intelectual, habiendo llegado á ser como el cerebro de la República. Imaginaos, segun estos conceptos, cuáles deben ser las condiciones de todo aquél que pretenda explicar una cátedra en su seno. Las exigencias de los centros de esta naturaleza, están en armonía con la posicion que ocupan y con la personificacion científica que invisten. Cuando se llega á ciertas alturas, todo se vuelve reclamos multiplicados; y lo que en un medio inferior podría pasar por bueno, aquí no sirve sino de descrédito. La razon es muy sencilla. A medida que el nivel intelectual crece, deben crecer tambien las facultades de aquéllos que pretenden ocupar un puesto más ó ménos culminante dentro de esos mismos límites. Hé ahí por qué los hombres aplaudidos en ciertas esferas sociales, recojen por fruto de su trabajo la indiferencia pública en otras. Así, pues, cuando consideramos la importancia científica de este centro, el alcance y el significado de sus cátedras, no puede ménos que nacer en el corazon la timidez y producirse en la inteligencia algo así como desequilibrios y perturbaciones. Estamos bien entre nuestros iguales, entre nuestros inferiores, entre nuestros amigos, ya se discutan ideas, ó se trate de los asuntos íntimos y de las manifestaciones de cordialidad; pero nos sentimos débiles cuando, al arrancarnos de esa órbita, vamos á explicar principios científicos en instituciones de ilustre y antigua data, que han conseguido atar á sí mismas el movimiento científico de todo el órden social.

Si á esto se agrega el estado actual de la ciencia histórica, se comprenderá toda la gravedad de mi posición. La época de transición por que atraviesa y la tendencia marcada á conclusiones encerradas en límites bien diferentes del límite antiguo, exigen necesariamente un criterio muy seguro para no extraviarse en medio de esas teorías todavía informes, pero que contienen las soluciones científicas. Su época de transición se echa de ver con toda evidencia: se encuentran, por una parte, restos que nos revelan sus afinidades con la vieja escuela, y en el otro extremo, ideas y teorías que se diferencian radicalmente por su forma y su transcendencia. En el intermedio de esos dos puntos extremos, los pensamientos más variados y las doctrinas que llevan en sí mismas el espíritu y las tendencias de esos dos polos opuestos. Se conoce la transición en que el movimiento que arrastra la ciencia hacia la fórmula moderna, es un movimiento constante, aunque lento. De otro modo representaría, en vez de ese carácter particular, de ese cambio que podría llamarse molecular, diversos estados perfectamente divisibles que nos indicarían otras tantas edades; mientras que presentándose la idea histórica en esa marcha ascendente, abandona en virtud del transformismo sistemas que son la personificación de períodos anteriores.

Esto nos lleva como en lógica consecuencia á hablar someramente de las diversas transformaciones por que ha pasado esta ciencia. Cuando se estudian en el orden físico las últimas producciones de la evolución natural, causa sorpresa de que sean el producto de pequeñas formas embrionarias que durante tantos siglos habían pasado desapercibidas, é ignorados los lazos que unían el eslabón primordial con el eslabón último. Así, la historia de la historia sorprende cuando se estudian en ella las alternativas que ha sufrido, los grandes trabajos requeridos para producir esos cambios y las grandes denostaciones que sobre sí atrajeron los que dieron al estudio las nuevas bases. Tres grandes épocas deben distinguirse en esta ciencia, sin que eso quiera decir que la división pueda hacerse con rigurosidad matemática. En la antigüedad clásica, el historiador llega á ser máquina fotográfica que imprime y dibuja los acontecimientos que caen bajo su mirada. Dos tendencias predominan en ella, y la tendencia humana, triunfando sobre la egoísta, contribuyó al advenimiento del historiador filósofo. En la Edad Media, habiendo desaparecido la unidad romana, se redujo la historia á la simple crónica. La localización del poder político trajo la localización de todas las manifestaciones de la vida; y sólo con la resurrección



de la filosofía, con el nacimiento de la Reforma, con la formación de las nacionalidades, con la aparición del espíritu crítico, los estudios históricos tuvieron un fondo filosófico desconocido hasta entonces. El siglo décimo-octavo, investigando más cuidadosamente los orígenes y las causas de las revoluciones sociales produjo también la verdadera filosofía de la historia; pero sólo en el siglo XIX ha sufrido esta ciencia una transformación tal, que la diferencia radicalmente de todos los conceptos con que se la había estudiado en los tiempos anteriores.

Cuando se vive en una época revolucionaria, ocurre frecuentemente olvidar los beneficios que rindieron las generaciones anteriores. Idéntico caso acontece cuando la revolución se verifica en las regiones de la ciencia. Juzgamos que todo lo precedente es indigno de nuestra consideración y no tenemos para ello sino anatemas ó desprecio. Sin embargo, todos han cumplido su misión, y cada una de las diversas edades en que se ha desenvuelto la vida de la historia han dado á la humanidad grandes resultados que no deben echarse en olvido. Cuando la historia se limitaba simplemente al método expositivo, no sospechaba siquiera que recogía los elementos necesarios para fundar la ciencia en su grado más alto. Es el museo del estudio social, y á ese museo vamos á buscar los caracteres, los órganos con los cuales va á formarse el cuerpo de la historia. Más tarde, cuando al carácter expositivo sucedió el explicativo, dejó en herencia á los hombres posteriores el estudio, más ó menos perfecto, de los agentes que dieron por resultado esos fenómenos anotados en la edad precedente. Se penetró en la naturaleza íntima de los hechos; se describió con filosofía hasta entonces desconocida el medio social que los produjo, y elevándose de lo particular á lo general, se concibió la unidad humana y la solidaridad de los acontecimientos sociales. Su último servicio es habernos colocado á las puertas de la época en que el estudio de la historia se va á someter á un régimen análogo al de las ciencias físico-químicas; época que se podría designar con el nombre de legislativa.

Esta última tendencia se diferencia claramente de las precedentes por un espíritu más práctico y más científico. Todo bien entendido en que para su buen éxito no deben desaparecer las condiciones que constituyen las anteriores. Pues bien: en lugar de fotografiar ó de buscar las causas que produjeron los fenómenos humanos, en la forma en que entonces se hacía, trata de clasificar éstos, estudiar sus semejanzas y sus diferencias, y entonces, observando los

modos de manifestarse, procura establecer la regla invariable segun la cual esos fenómenos aparecen. El estudio de las fuerzas sociales es, por decirlo así, el coronamiento de esta nueva faz. ¿Hay fuerzas sociales? ¿Hay agentes en la historia como los hay en la naturaleza? Ciertamente que sí, lo cual ha sido reconocido por todas las teorías que han surjido en la segunda edad. Dicho queda que este estudio no puede ser sino un tanto imperfecto como lo es en la física determinar la naturaleza de sus agentes. Pero esto que es verdaderamente fundamental, no debe ser abordado sino cuando los fenómenos hayan sido despojados de ese tinte metafísico para hacerlos entrar en la categoría y en las condiciones generales de todo fenómeno natural.

La pregunta parecerá nimia; pero es necesario hacerla. ¿Qué es un fenómeno histórico? Ya me parece que veo acudir á vuestra mente así, en tropel y empujándose mutuamente, esa serie de batallas, cuyos gritos parecen oirse en las páginas de la historia, ó esa serie de revoluciones sociales que han conmovido frecuentemente y conmueven hoy mismo todo lo existente. En sentido más general y más vago, me parece veros recorrer con la imaginacion los diferentes progresos que se han verificado y cuyos frutos recojemos nosotros. Es verdad: esos son fenómenos. De modo que podríamos decir que toda modificacion producida en la sociedad, ó todo modo de ser segun el cual se nos presente ésta, será un fenómeno histórico. Y como todo fenómeno no se produce sino en aquello que le sirve de materia, resulta que la humanidad es la materia de esos fenómenos, semejante, bajo ciertos aspectos, al cósmos que es el asiento de todos los del órden físico. Cualquier cambio, pues, que verifique una parte de esa humanidad, lo mismo que cualquier cambio que verifique una parte del cósmos, estará sujeto á la condicion de los fenómenos en su sentido más general; y así como en la naturaleza éstos se dividen segun sus semejanzas y á veces segun sus agentes, así tambien en la historia se les clasificarán segun las diversas fuerzas que los originen y las semejanzas que revistan.

Como no pretendo clasificar los fenómenos históricos, no me será difícil enumerar algunos de ellos. Esto es cosa, á decir verdad, demasiado vulgar. Dada su definicion, se comprende á primera vista que la historia está llena de ellos, y que la humanidad no sale de uno sino para entrar en otro, con la circunstancia de producirse vários simultáneamente merced á la concomitancia. No es verdaderamente difícil decir que la caída, por ejemplo, del imperio

romano entra dentro de nuestro objeto actual. Se estudian los hechos históricos con la mayor falta de criterio científico. Dividirlos en antiguos, medios y modernos, es hacer la biografía de la humanidad; pero esto no conviene, ni á las necesidades, ni á las exigencias de los tiempos presentes. A lo sumo nos limitamos á decir que la persistencia, verbi-gracia, del pueblo judío luchando contra todas las iras que sobre él se han desencadenado, se deben á ciertas causas especiales que se enumeran. Este trabajo es importante; pero no basta. Preguntad á cualquier historiador á qué grupo de fenómenos pertenece éste, que acaba de estudiar y no os responderá. Así, son fenómenos las caídas de los imperios, la esclavitud de los pueblos, la fortuna de las repúblicas, la comunicacion de las sociedades, la vulgarizacion de las ideas, los triunfos de una fe sobre otras, la comunión de diversas razas en ciudades memorables, la aparición de los sistemas, el desquiciamiento social, los triunfos del poder central sobre los poderes locales, la centralizacion despótica sucediendo á la anarquía demagógica, las revoluciones violentas protestando y destruyendo poderes seculares, la tendencia de los poderes constituídos á inmovilizarse, y la tendencia de los poderes vigorosos é ilustrados al predominio y á la dominacion. Todo esto, que no es otra cosa que las manifestaciones de la vida humana, no tiene aún bajo el punto de vista científico la correspondiente clasificacion que nos demuestre cuál es la ley á que obedecen y cuáles son sus relaciones recíprocas.

Estamos en los prolegómenos de la historia y por lo mismo procuramos establecer sus principios fundamentales, aclarando la materia de que se compone. Bien se ve que estos prolegómenos difieren radicalmente de los hasta aquí estudiados. De lo dicho más arriba se deduce que, al propio tiempo, debe existir una serie de fuerzas más ó ménos diversas correspondientes á cada una de las series de hechos, y que están en el mismo estado embrionario en cuanto á su estudio. Por fuerza no debe entenderse otra cosa que lo que se entiende en las ciencias físicas. Si aquí se da este nombre á todo lo que es susceptible de producir un movimiento, en la historia recibirá este nombre la misma causa que actuando sobre los cuerpos históricos origine movimientos más ó ménos visibles é íntensos. Hemos procurado demostrar que todo esto existe en la historia y por lo mismo queda demostrado que la fuerza misma se encuentra igualmente en ella. ¿Cuántas clases de fuerzas existen aquí? Esto exige un trabajo previo: la clasificacion de los hechos; de

otro modo es imposible determinarlas. Sin embargo, podemos avanzar esta idea: hay movimientos, ya progresivos, ya de decadencia, los cuales pueden referirse á hechos políticos, religiosos ó de otra cualquier naturaleza; hay hechos concomitantes, como lo estamos viendo todos los dias, y naturalmente debe haber potencias capaces de imprimir estas acciones diversas. Todo esto es fundamental, é ilustrado suficientemente presentará á las inteligencias nuevos horizontes. Al estudiar estas cuestiones no tenemos necesidad de profundizar su naturaleza íntima, ni determinar, por lo pronto, el origen de donde proceden. De otro modo la tarea sería abrumadora.

Las leyes, siendo la expresion del modo de manifestarse el fenómeno, son, en el fondo, la manifestacion de relaciones. Lo que se verifica en el órden físico, se verifica tambien en el histórico. ¿Es posible buscar en la historia estas relaciones? ¿Es posible que existan? Esto que anteriormente, cuando el espíritu de las ciencias naturales no había penetrado aún en las morales, podía pasar por una herejía, está siendo el objeto de serios estudios y elevándose á la categoría de un sentimiento comun. Yo creo, dada la tendencia que han tomado las investigaciones en los tiempos actuales, que esto pasará pronto al órden de una verdad general. Dada una serie de fenómenos y conocido tambien su agente productor, la determinacion de la relacion natural que entre sí existe vendrá espontáneamente. De aquí se deduce tambien una consecuencia importantísima. Toda relacion física puede expresarse algebraicamente, como en realidad se expresan. Si las relaciones históricas son análogas á estas últimas, es claro que aquéllas pueden expresarse del mismo modo. El estudio que esta faz de la cuestion requiere, es grande. Es preciso estar dotado en sumo grado del espíritu de observacion y de un gran poder analítico; pero al que sienta verdadera pasion por la verdad, estos obstáculos no pueden de ningun modo detenerle. La situacion actual de la ciencia no ha sido traída sino á costa de grandes trabajos por parte de sus adeptos.

El procedimiento para encontrar estas relaciones, entraña el dónde deben encontrarse. Si se tiene en cuenta todo lo dicho, la cuestion no ofrece dificultad. En la historia misma, con exclusion completa de cualquier otro campo, es el sitio á donde debe irse á buscarlas. Esa es la naturaleza; ésa es la realidad en la cual existen todas las causas y sus efectos. La inteligencia más luminosa, como la más activa voluntad, encontrarán combustible que las alimente y un

campo de accion suficientemente vasto en el que puedan desenvolverse. Para estudiar las relaciones físicas ¿hay necesidad de salir fuera de la naturaleza? De ningun modo. La explicacion se funda en que ésta da los datos suficientes para hacer claros los fenómenos y sus relaciones. Pues cosa idéntica se verifica en la historia. Por haberse seguido un método diametralmente opuesto, han caído los sistemas históricos en ese descrédito que llevan consigo la befa y la sátira; forjando un mundo en la mente, sin analogía con el real, han establecido del mismo modo esas relaciones arbitrarias, fantasmas de imaginaciones un tanto poéticas, pero desgraciadamente muy poco en armonía con la realidad.

Entre las ciencias morales, la economía política ha conseguido algo de lo que las otras no han podido realizar. Con tanto provecho se ha trabajado en ella, que algunos de sus fenómenos han sido sometidos á leyes. La observacion ahí se ha desprendido completamente, ó á lo ménos en su totalidad, de las preocupaciones y de las influencias que impiden en las otras ciencias un desarrollo como se deseara. Francamente, los que tenemos alguna afición á la historia, debemos sentirnos avergonzados por el éxito de los economistas, gente de moderna data, y que hoy, en cuanto á verdades adquiridas, calzan muchos puntos de elevacion; en tanto que la historia, cuyo cultivo es inmemorial, y cuyos hombres, algunos de ellos son verdaderos talentos, no puede vanagloriarse de su estado actual. Ya me parece que oigo decir á alguno que siendo los fenómenos económicos ménos complejos que los históricos, necesariamente su estudio debía seguir un desenvolvimiento más rápido y pródigo. Esto es cierto; pero no es la verdad entera. En la historia ha predominado siempre una tendencia idealista más grande que en la economía. Esa es la causa fundamental; miétras que en ésta desde sus albores ha privado un espíritu práctico buscando en los mismos fenómenos sus relaciones, haciendo abstraccion de toda potencia sobrenatural, en aquella ha sucedido todo lo contrario.

¿Por qué en el órden histórico no ha de suceder lo mismo que en el económico? Existen algunos rayos de luz que empiezan á iluminar el paisaje. Se levantan de su seno voces que auguran un porvenir más risueño. ¡Trabajemos! Es cosa vulgar que sólo así el hombre triunfa de las resistencias que debe vencer. Por el trabajo gozamos de la civilizacion presente, y la historia está llena de esas personalidades culminantes que han dejado en el camino

el corazon hecho pedazos, pero que tambien legaron á las generaciones posteriores el fruto de su genio. Concibo que la voluntad desfallezca cuando se tienen los presentimientos de la inutilidad del trabajo; pero cuando se tiene delante un problema de resolucion evidente, aunque lejano, las fuerzas de la voluntad deben multiplicarse y las energías individuales adquirir más vigor. El hombre lucha con el hombre y con la naturaleza. Sus triunfos sobre ésta se han multiplicado extraordinariamente desde el dia en que estuvo en posesion de los principios que la rigen. No debemos parecer-nos á aquellos profetas que se contentaban con lamentar la suerte de su patria sobre las ruinas de ciudad abrasada.

Montevideo, Marzo 8 de 1882.

Apuntes sobre el método de investigación en la ciencia social

DISCURSO LEIDO EN LA INAUGURACION DEL AULA DE DERECHO NATURAL
É INTERNACIONAL DE LA UNIVERSIDAD

POR EL CATEDRÁTICO

DOCTOR DON MARTIN C. MARTÍNEZ

I

Señores estudiantes :

Uno de nuestros más estimados autores, ocupándose de la herencia de los caracteres, presenta algunos casos de uniones sexuales en las que, coexistiendo en el padre y la madre los mismos vicios de constitucion, se han éstos reagrado enormemente en la descendencia; y exclama que léjos de entrar los esposos á la vida comun en medio del entusiasmo y alegría habituales, debían descorrer el velo del pavoroso misterio, ungidos de piadoso recojimiento, reservando la algazara para cuando pudieran justificarla con la energía física y moral de su prole.

El consejo es suficientemente inglés para que pueda ser leído sin evocar una sonrisa por aquéllos en cuyas venas corre la ardorosa sangre latina; pero, á fé, señores que al desposarme con esta cátedra, inconscientemente cumplo con las prescripciones de Maudsley : tiemblo, porque unidas las dificultades de la ciencia social á la pobreza del que vá á profesarla, los resultados sean despiadadamente raquíticos.

Generalmente se destina esta primer leccion á enumerar las ventajas del estudio que se emprende, imitando á Aníbal cuando fortalecía el ardor de sus compañeros, enfriado con el hielo de los

Alpes, describiendo los hermosos valles que divisarían cuando trepasen á las cumbres.

De mis labios no pueden salir esas palabras de entusiasmo evocadas por los resultados á obtenerse, que un autor ha llamado la adoracion desde el frontispicio del templo: obedeciendo á la preocupacion dominante en mí espíritu y á fuer de viajeros á la moderna, preocupémonos desde luego de las dificultades á vencer y de hallar algo que se parezca á una brújula en esta ciepcia social, la más atrasada de todas las hermanas, por la complejidad de los fenómenos cuyas leyes investiga y por las preocupaciones que debe vencer para reducir al hombre, reputado hasta hoy un sér excepcional, apénas vinculado al mundo que lo rodea, al imperio de esas leyes inflexibles que rigen con la misma indiferencia los movimientos invisibles de la molécula que los ritmos cadenciosos de las esferas.

II

Sí; todos los fenómenos están sujetos á leyes inflexibles y las mismas explicaciones científicas no escapan á este benéfico despotismo de las leyes.

Aunque parece que nada hay más arbitrario que el órden en que se siguen los diversos sistemas interpretativos de la naturaleza, la historia de las ciencias prueba que hay en ellos un *processus* evolutivo, como lo hay en todo lo demás.

No es el caso de que tan temprano hagamos cuestion de escuela; pero creo que sin hacerla debe admitirse que Comte, cuando ménos en lo que se refiere al desarrollo científico, ha dado una fiel interpretacion de los hechos, al afirmar que la humanidad pasa por tres estados: teológico, metafísica y positivo, caracterizados el primero por la explicacion sobrenatural y milagrosa, el segundo por las explicaciones abstratas, limitadas á una vaga generalizacion, y el tercero por la investigacion de los antecedentes ó causas, sin salir del vasto recinto del Universo.

Sucede con algunas ciencias que pasan del primero al último de esos estados por una transicion apénas perceptible, por ejemplo, la geología, del sistema enteramente teológico de las catástrofes que Cuvier plagió de la Biblia y condecoró con el título de teoría, al de evolucion lenta de las capas sedimentarias, evocado por el génio de Lyell,—transiciones análogas á las que en el desarrollo del or-

ganismo individual apénas hacen perceptible el rastro de alguno de nuestros humildes antepasados.

Pero si seguimos el curso de alguna de esas ciencias, cuyo desarrollo se ha operado lentamente, notaremos el paso gradual por los tres estados de que nos habla el fundador de la escuela positiva.

Así, las primeras explicaciones que el hombre se ha dado de los fenómenos físicos, consistieron en suponer que las causas de aquéllos eran voluntades análogas á la suya. La creencia de que todos los séres están dominados por causas idénticas á lo que el salvaje cree que es su yo, el antropomorfismo, ha dominado universalmente, realizando en toda su extension la máxima del sofista griego: el hombre es la medida de todas las cosas.

Pero los fenómenos físicos son de una sencillez relativa tal, que su constancia y regularidad no pudieron escapar nunca por completo á la inteligencia del hombre: la constatacion de leyes naturales debió ser contemporánea con la misma humanidad.

Afirmar la antigüedad del conocimiento de las leyes físicas, es cosa muy distinta de sostener que la investigacion sistemática de las causas haya sucedido inmediatamente á los sueños mitológicos. ¿Quién no recuerda aquella antigua física toda preocupada en conocer la quinta esencia de la materia, si era divisible ó indivisible al infinito, de cómo la forma penetraba en la materia; aquella física que todo lo explicaba por el horror al vacío, á pesar de que ese horror cesaba al llegar el agua de la bomba á los 33 piés, segun la sarcástica observacion de Galileo? Y todos nosotros no hemos sido educados en parte en ella, cuando ántes de divulgarse la teoría de la transformacion y correlacion de las fuerzas, se nos enseñaba que el calor, la electricidad, la luz eran otros tantos flúidos de naturaleza imponderable, impenetrable, intangible é ininteligible? ¿Que la atraccion y la repulsion eran dos especies de gigantes que jugaban al tira y afloja con los mundos?

Echando las bases del método inductivo y más que todo, demostrando "que los filósofos que miran al cielo se caen en el mismo pozo en que podían haber visto más claramente las estrellas y evitar la caída" fué Bacon quien inició la era de la verdadera ciencia, fué á partir de él que la física, la química y la astronomía, sobre todo, entraron en el período positivo, que cesó la supeditacion que sobre ellas ejercían la teología y la metafísica.

Decía hace un momento que aún en la física se conservan vestigios del período metafísico. Con efecto: el método baconiano, como

toda gran reforma, sólo fué infiltrándose lentamente, hasta que llegó á ser parte constitutiva de toda organizacion científica.

Ejemplos más palpitantes de esta verdad, los dan la biología y psicología.

Hace apénas veinte años que á impulsos de la más grande de las revoluciones científicas, ha desaparecido aquella historia natural, reducida sumisamente á clasificar especies; que explicaba los organismos como ajustándose al tipo ideal de la especie, del que sólo podían variar hasta cierto límite; y cuyo origen y dispersion se esforzaba el buen Lineo en explicar á partir desde el sagrado Ararat, en cuya cima residieron las especies de climas fríos, graduándose despues hasta la base las de climas más templados...

Todas las funciones de la vida eran efecto de un flúido vital, palabra vacía con que los antiguos fisiólogos pretendían explicar los fenómenos vitales, no mejor seguramente que el médico á palos las propiedades del opio. Es sólo recientemente, despues que el análisis químico ha demostrado que la materia orgánica se reduce principalmente á carbono, oxígeno, ázoe é hidrógeno, y cuando la síntesis ha reconstituido porcion de esas sustancias con nuestros cuerpos inorgánicos, que el principio vital ha volado, sin que la vida de los séres haya en nada sufrido por su repentina desaparicion.

Hipótesis saturadas de teología y explicaciones de palabra, *non causa pro causa*, hé ahí el fondo de la antigua biología.

Pero de todas las ciencias es quizá la psicología la que nos dá un ejemplo más vivo y más próximo de su transformacion de ciencia metafísica en ciencia positiva. Los antiguos problemas sobre la esencia del alma, su destino ulterior, la razon impersonal, etc., han desaparecido del campo de la ciencia. Hoy, ésta sólo se preocupa de estudiar empíricamente los fenómenos y de investigar sus causas entre los hechos concretos que les sirven de antecedentes, la herencia, las localizaciones, la influencia del medio, etc.

Antes, todas estas investigaciones eran prohibidas. Se trataba de explicar cualquier fenómeno psíquico y la solucion estaba hallada y el misterio descifrado sustituyendo una palabra mágica, con que el espíritu satisfacía fácilmente la necesidad de la causalidad. Bastaba decir que recordábamos porque teníamos la facultad memoria; que esas inspiraciones pre-existentes á toda observacion que se han llamado ideas innatas, eran el producto de nuestra razon; que esos actos admirables por su complejidad y perfeccion en la ejecucion

que nos presentan los animales, eran debidos al instinto de que estaban dotados, etc.

Claro es que las leyes de la herencia y la seleccion natural, sustituyendo tales explicaciones de palabra por los antecedentes necesarios de los fenómenos, eliminó para siempre de la psicología el vacío sistema de las facultades, en cuanto se pretendía edificar con ellas todo un sistema explicativo de la vida psíquica. ¡Quién se atreverá á hablar de la facultad razon ó de la facultad instinto una vez que un conjunto de hechos bien definidos hayan vuelto axiomática la máxima de la psicología positiva: *lo que es á priori en el individuo es á posteriori en la raza!*

La historia de las ciencias nos revela, pues, que su desarrollo está sujeto á leyes; que su progreso es correlativo del progreso social; y que generalmente la evolucion del estado teológico al positivo se ha verificado por una transicion metafísica.

III

¿En cuál de esos estados se encuentra actualmente la ciencia social?

La reforma baconiana radicó para siempre el método experimental en las ciencias físicas, y aún á su respecto las explicaciones positivas sólo han prevalecido absolutamente en nuestro siglo; pero en cuanto á las ciencias sociales, no se hizo sino ahondar la division, siendo punto indiscutible ántes del advenimiento de la escuela positiva, que á las primeras correspondía el método inductivo y á las segundas el exclusivamente deductivo.

Hagamos justicia distributiva: ántes de la revolucion contemporánea, una pléyade de distinguidos sábios había ya iniciado el método experimental en las ciencias sociales. Todos ustedes habrán recordado á los economistas.

La ciencia vieja creyó que relegada al mundo de los intereses, no podría invadir sus dominios predilectos. Tuvo, sin embargo, la intuicion del peligro, y con una saña despiadada la persiguió por do quiera.

La economía política hubo de plegarse á los dogmas admitidos, y es verdaderamente cómico el interés que ponen los economistas en demostrar cuánto respetan los principios admitidos como fundamento de toda ciencia moral.

Pero si nos apartamos de su dominio, qué pobreza no hallamos

en todo el campo de las ciencias sociales! Se parece á uno de esos países en que humus soberbio, corrientes de agua abundantísimas, ricos yacimientos mineros coexisten con la ausencia de toda industria y la miseria de los habitantes. Inmensos materiales yacen abandonados, sin que la mano del artífice forme con ellos monumentos de una grandiosidad parecida á los de las ciencias físicas.

En éstas la prevision de las causas y efectos se hace con bastante uniformidad; en aquéllas no tiene muchas más probabilidades de acierto el sábio más consumado que el orador de los cafés; y más aún, si alguna prevision se ejerce es generalmente por los hombres prácticos que en estas materias, como en tantas otras, tienen una secreta intuición de las cosas, sin método, sin que se expliquen el procedimiento que siguen para arribar á felices resultados, sociólogos semejantes á aquellos médicos anteriores á la anatomía y fisiología y que fueron, sin embargo, los primeros en arribar á un conocimiento regular de los fenómenos vitales.

Há tiempo que desaparecieron aquellos dioses airados que volteaban las aguas sobre los valles y lanzaban el rayo con que las muchedumbres aterrorizadas armaban su diestra, siempre vengadora; pero estamos aún tocando con el dedo la época en que la ciencia social recorría el período teológico; en que así los ignorantes como los sábios sólo se explicaban las evoluciones sociales como resultados de intervenciones divinas. Y aún en nuestros días, grandes escritores, como Laurent, sólo se explican la regularidad de las leyes históricas, por una intervencion misteriosa de la Providencia.

La metafísica ha prescindido en parte de la intervencion divina; pero la ha reemplazado erigiendo en teoría el sentimiento de libertad, que es como negar la existencia de leyes para el mundo social.

Léjos de creerse que, como en las otras ciencias, el hombre debe ser el sirviente de la naturaleza, es dogma admitido y consagrado en la ciencia social, que la materia sobre que se opera es de una ductilidad tal, que no hay temor de hallar en ella resistencias invencibles al molde á que se pretende acomodarla.

La teoría del libre arbitrio absoluto es irreconciliable con la ciencia social. Creer que el hombre puede hacer una cosa ó la otra á capricho, es creer que no hay para qué consultar su pasado, su organizacion heredada, el medio físico y social en que se agita. Quien quiera que habla de ciencia, habla de ciertos antecedentes necesarios para la produccion de tal fenómeno, y que una vez reunidos lo engendrarán inevitablemente. Quien quiera que habla

del libre arbitrio, niega esa relacion necesaria, admite que las acciones se producen porque sí, sin causa, niega la existencia de leyes que rijan al mundo social, niega la existencia de la ciencia.

De aquí que los tratadistas de ciencias jurídicas sólo se han preocupado de investigar la mejor de las instituciones posibles: el hombre, en virtud de su absoluta libertad, podía aceptarla y realizarla. De aquí que no haya ni un ensayo en que se intente explicar cómo nacen, se aclimatan, se desenvuelven y mueven las instituciones. Aun en las obras de historia, raras son las que por accidente se ocupan de esta investigacion paciente de las causas modificadoras de las formas sociales.

Se trata de las cuestiones del derecho, de la familia, de la propiedad, de la guerra, etc., y el sumo afan de los autores es demostrar que tal ó cual fórmula es la legítima y debe ser aclamada *urbi et orbe*. Apénas conciben que pueda haber un caso de excepcion.

No he visto que ningun tratadista se preocupe de las condiciones que hacen posible el reinado del derecho; de por qué se extiende la esfera de la libertad y disminuye la funcion de la autoridad. En una palabra, de la cuestion verdaderamente científica: la determinacion de las causas productoras del fenómeno social que se investiga.

Cuando tratan de la organizacion de la familia, su única preocupacion es tambien indicar la fórmula absolutamente legítima de la institucion, sin preocuparse absolutamente de las relaciones de causalidad entre las formas sociales y las formas familiares. Pongamos un ejemplo: se discute la cuestion del divorcio. Se alega por una parte que permitirlo es desorganizar la familia, violar el indisoluble contrato, etc. Se replica por la otra que mantener la simple separacion de cuerpos es castigar al cónyuge no culpable y presentar un deplorable ejemplo á los hijos. Lo probable es que las dos partes tengan razon. Sin duda que si se dá una sociedad de civilizacion avanzada en que los esposos estén unidos por el vínculo indisoluble del corazon más que por la fórmula fría de la ley, la disolubilidad, aún simplemente voluntaria, puede ser muy ventajosa y moralizadora. Pero si se trata de una sociedad en que, como la de los bárbaros, empezó recien á radicarse la monogamia al influjo de la Iglesia, en que el desenfreno de los apetitos sexuales podía romper toda coherencia en la familia, entónces la indisolubilidad del vínculo será la ejida protectora del pudor y del hogar monógamo.

Podríase, sin dificultad, centuplicar los ejemplos de este abandono del estudio de las verdaderas causas y de su sustitucion por vagas abstracciones.

Del mismo modo que ántes de la reforma baconiana los sabios se pasaban las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio preocupados de la esencia de la materia, de cómo la forma la penetraba del primero de los motores y otras cuestiones igualmente interesantes; del mismo modo que la sicología estaba toda preocupada en fabricar facultades y apaciguar los conflictos de esos "ministros de estado"; así la ciencia social se preocupa principalmente de averiguar si fué por contrato ó simpatía que se formaron las sociedades, qué es en sí el Estado, cuál su origen, si la propiedad ó el derecho de castigar son justos ó injustos en sí, etc.; para despues de la teoría más ó ménos caprichosa que resulte de tal prestidigitacion de palabras, deducir corolarios aplicables á las múltiples manifestaciones sociales. Y así como nadie se preocupaba ántes de las leyes á que obedecen la materia y la fuerza en sus acciones y sus reacciones incesantes, nadie se preocupó sistemáticamente ántes de la reforma de Comte, de las leyes segun las cuales se operan las transformaciones sociales.

No falta aún quien, poniéndose grave, nos diga que es degradar la naturaleza humana tratarla por procedimientos análogos á los que se emplean en el estudio de la materia; que por virtud de la libertad, las transformaciones sociales están más arriba de esas leyes inflexibles, reguladoras de todo movimiento.

Y con efecto: si el hombre tiene esa libertad de indiferencia de que nos habla la metafísica, borrad la historia, la psicología, la ciencia social entera. Todas ellas no tienen más fin que constatar las leyes reguladoras de la actividad humana. Pero si la libertad puede en cualquier momento prescindir de ellas, ¿á qué vale aquella constatacion? ¿A qué investigar las causas de las instituciones inglesas, el porqué de la revolucion francesa, á qué explicar la monarquía absoluta como resultado del régimen feudal, la localizacion de tal industria como efecto del intercambio, etc?

Todas estas explicaciones son falsas. Bastará con decir: lo hizo la libertad porque quiso.

¿Quién no descubre que esa explicacion de todos los fenómenos sociales por la libertad es completamente análoga á la de los fluidos en física, á la del principio vital en biología, á las corrientes hasta hoy en psicología sobre las facultades ó á las que con des-

agrado de Newton dieron el aspecto de potencias activas á la atraccion y repulsion?

Es de esta creencia en el poder omnímmodo de la libertad, de la que derivan principalmente el falso objeto señalado á las investigaciones sociológicas y su consiguiente esterilidad.

IV

Además de que la creencia en el libre arbitrio absoluto ha eliminado toda investigacion de causas, el método corriente en las ciencias sociales, consistente en partir de un principio *á priori*, tiene múltiples defectos.

Desde luego, por lo mismo que se quiere prescindir en esas concepciones de toda observacion de los hechos, son ellos de una tal obscuridad, que se prestan á que cada uno saque las conclusiones que de antemano se ha propuesto obtener, contentando sus preocupaciones políticas, religiosas, de clase, etc.

Hace poco presentaba un ejemplo de esa maleabilidad de los principios absolutos, en la cuestion de la propiedad territorial. Los unos sostienen que siendo la propiedad un medio indispensable para cumplir con el fin asignado al hombre, ha podido éste apropiársela privativamente. Fundándose en la misma consideracion, replican los otros que ningun hombre debe ser privado de un elemento tan eficaz en la elaboracion de su destino.

No se ha queri'o comprender que el método deductivo sólo es aplicable á ciencias que, como las matemáticas, tienen ciertos principios muy simples y muy bien definidos, de modo que la ilegitimidad de las conclusiones es fácilmente perceptible; pero que los principios vagos de la moral intuitiva se prestan á todo género de conclusiones.

Lo mismo pasa en la cuestion del derecho. Sostienen Krause y Ahrens, por ejemplo, que cada hombre tiene el derecho de exigir de la sociedad instruccion, asistencia, trabajo, etc., condiciones que ellos consideran indispensables para el cumplimiento del fin humano. Ved cómo raciocinan por su parte los individualistas ultras: dicen que el hombre cumple su destino haciendo lo que puede con sus medios propios, que el cumplimiento de su fin en nada depende de la proteccion jurídica de los demás.

¿Es posible orientarse con semejante modo de argumentar? ¿Es posible resolver á partir de esa concepcion *á priori* del bien, que

los más conceptúan indefinible, que es lo qué exige el fin del hombre y cuál debe ser consiguientemente la extensión de los derechos naturales?

Bastiat decía: " Hay mil caminos que pueden seguirse y de éstos uno solo os llevará á la verdad". Pensad en lo fácil que es equivocarse y en lo difícil que es acertar con la única vía de salvación científica!

Esa dificultad se obvia en parte en las ciencias naturales obligando á un estudio detenido de los hechos previamente á toda interpretación. De este modo, cuando el investigador formula su hipótesis, hay muchas probabilidades de que no se pierda en el país de las quimeras. Pero en esta ciencia social, la más compleja de todas, cada uno se cree con el derecho de formular hipótesis dogmáticas sin consultar previamente los hechos.

Así, nada más arbitrario, por ejemplo, que las hipótesis formuladas para explicar la formación de las nacionalidades. El uno afirma con la mayor certidumbre, que los hombres se reunieron, discutieron el pacto social y de ahí nació *el pueblo*. El otro, que habiendo una tendencia en el corazón humano que forzosamente le lleva á amar la vida en común, fué cediendo á la simpatía que se constituyó el núcleo social.

Pero ¿no es verdaderamente monstruoso que se trate así un problema eminentemente de historia, sin que ésta sea consultada para nada, que se suponga que el hombre creador de las nacionalidades tenía las mismas inclinaciones que los señores Rousseau, Coussin y Thiercelin?

¿Cómo es posible que sin el previo estudio detenido de los hechos, se dé casualmente la explicación satisfactoria? No es jugar descaradamente á la blanca y la negra?

Pero más aún: en las ciencias físicas las hipótesis arbitrarias tienen su control en la multitud de los hechos que deben explicar. Poco importa, por ejemplo, que el investigador idee una hipótesis descabellada sobre la naturaleza del Sol: la presencia de tal mancha, que sería inexplicable con arreglo á la hipótesis, basta para que quede eliminada.

Los fenómenos sociales no ofrecen ese control. El hecho es injusto, se dice, y se pasa adelante. Aún cuando los hechos no son pasibles de tan salvador calificativo, son de naturaleza tan compleja que es fácil darles el cariz que se desea. Herbert Spencer ha escrito una obra voluminosa, como introducción á la ciencia social,

en que registra multitud de esos casos de todos conocidos, en que los mismos hechos sociales son aumentados, disminuidos, modificados, según la educación, preocupaciones, vistas políticas ó religiosas del observador. Un ejemplo célebre lo dá la polémica de Federico Bastiat sobre el valor y la propiedad. Había sido llevado por los socialistas á admitir que sólo era legítimo que se pagase el valor del esfuerzo, y para no negar la legitimidad de la propiedad, comprometida por tan imprudente concesión, la emprendió con todos los economistas sus predecesores, tratando de desfigurar fenómenos tan bien analizados como la renta, el alquiler, la remuneración de los talentos excepcionales, etc.

Oscuridad, arbitrariedad, falta de control, hé ahí tres defectos del método deductivo exclusivo. Pero no están solos. Otro tan considerable como cualesquiera de ellos está en las generalizaciones aventuradas y prematuras, que con facilidad eleva á la categoría de fórmulas absolutas.

Ved lo que pasa cuando los tratadistas de derecho internacional ó los historiadores hacen la filosofía de la guerra.

Los unos, atentos sólo á sus desastres y ruinas y creyendo siempre que el hombre posee una libertad absoluta, proclaman la abolición inmediata de tan execrable institución, olvidándose tan sólo de agregar aquel artículo cuya falta notó Voltaire en el proyecto de Bernardino de Saint-Pierre: enviar mensajeros para tocar el corazón de los príncipes.

El otro día leía en el discurso inaugural de la clase de Táctica que va á dirigir un jóven militar que ha preferido cortar su carrera á poner su espada al servicio del motin imperante, una recopilación de citas de importancia, erijiendo la guerra en ley fatal é ineludible para la pobre humanidad.

Si ántes de esas generalizaciones se hubiese estudiado la evolución de la guerra, probablemente no se habría llegado á ninguna de esas soluciones.

La guerra ha operado la selección de las razas fuertes; ha dado cohesión, gobierno y ley á las sociedades embrionarias; ha echado las bases del fondo moral y de los caracteres nacionales y hasta ha sido un aliciente para la industria primitiva.

Pero á medida que naciones cuyas fuerzas se equilibraban han poblado el planeta, la organización industrial ha ido reemplazando á la organización militar, y á manera que aquélla avanza, la guerra ha centuplicado sus defectos y perdido sus méritos.

Los más eminentes fisiólogos la indican como una causa de decadencia de las razas, cuyos hombres más viriles destina á la mantanza; la economía política la declara incompatible con el libre cambio y cada día va mermando sus dominios, suprimiendo los bloqueos, garantiendo la propiedad privada aún de los súbditos de los beligerantes, etc., y la política la indica como una de las causas perturbadoras del régimen de las instituciones libres.

Una vez que la historia es consultada, nuestra época aparece claramente como de transición, sin que sea permitido afirmar la próxima desaparición de la guerra, ni tampoco negar que la organización industrial bata doquiera en brecha á la organización militar.

El estudio de diversos tipos de sociedad, da una elasticidad al espíritu que le previene contra esas generalizaciones violentas. Dicen todos que un viaje comunica espíritu liberal, habitúa á considerar que no es solo bueno y legítimo lo que vemos todos los días. ¡Qué amplitud de vistas no debe procurar el estudio de organizaciones sociales opuestas, emprendido sin espíritu sistemático!

Cuando uno vé que la guerra ha sido otrora una institución de progreso; que formas familiares tan repugnantes como la polian-dria y la poligamia se adaptan mejor á medios sociales inferiores que la monogamia; que nuestras manufacturas, que viven de la libre concurrencia, no habrían podido nacer sin la protección de las corporaciones; que la propiedad individual es una efflorescencia económica de la más adelantada civilización, se adquiere el hábito de considerar las cosas de un modo ménos absolutista, no se afirma que sólo es bueno aquello que estamos acostumbrados á ver todos los días y se percibe que la humanidad no adelanta por proyectos de ley, sino que las instituciones evolucionan lentamente por causas cuyo influjo ha sido generalmente ignorado por completo de los contemporáneos.

No sé quién decía á este último respecto, que las consecuencias más importantes de las leyes eran las que generalmente escapaban al legislador. No son tampoco raros los casos en que, como en la ley de pobres, el resultado es completamente contrario al fin de la ley.

En la organización social hay acciones y reacciones tan complejas, que sólo la observación histórica de grandes épocas puede descubrirlas. Así, por ejemplo, parece que nada tiene que ver que un pueblo sea militar ó industrial para que sea polígamo ó monoga-

mo; que el hecho de que un país tenga gobierno libre es indiferente á la institucion de la patria postestad, y la guerra á la creacion de grandes nacionalidades. Sólo la historia puede revelar la conexion que existe entre fenómenos tan distantes; sólo ella puede constatar los poderosos resultados de los esfuerzos de cada dia, semejantes á ese limo despreciable que, sin embargo, está elaborando los continentes futuros debajo de las olas que estúpidamente se burlan de su pequeñez.

V

Pero sostener que la base de la ciencia social es el análisis de una gran masa de hechos, ¿es desterrar la inspiracion, los grandes sentimientos, los giros magníficos de la imaginacion?

Es una preocupacion corriente establecer profunda desinteligencia entre la poesía y la ciencia. Es comun entre los devotos de la primera creer que es condicion indispensable de éxito abandonar todo estudio metódico y someterse al imperio exclusivo de sobreexcitaciones artificiales, parecidas á aquellas epilepsis voluntarias de las antiguas sibilas.

Por su parte se cree por los devotos de la ciencia que es heregía quemar una migaja de incienso en los altares del sentimiento. Creen que la religion de la verdad se asemeja á la de esos monstruosos conventos en que un Dios airado exige despiadadamente que ante sus altares se depongan todas las pasiones generosas.

No me ocuparé de esos poetas que jamás se dignan arrojar una de esas celestes miradas sobre el mundo que les rodea y creen que la fuente de toda inspiracion, "el don divino" debe hallarse más allá del septimo cielo. Pero respecto de los sabios diré que jamás han hecho dar un paso á la verdadera ciencia: cuando más han amontonado hechos que demandan un verdadero sabio que los someta al imperio de una ley y haga cesar el desórden aparente de la naturaleza que aquellos no supieron comprender.

El cerebro no funciona si no late rítmicamente el corazon y envía sangre generosa para la elaboracion del pensamiento. El espíritu no se eleva á las más altas regiones científicas, sino en alas de la más poética inspiracion.

El análisis psicológico del poeta descubre dos calidades fundamentales: un sentimiento, vecino de la alucinacion, por ciertas ideas, que no puede comprimirse dentro del pecho, que bate rudamente sus

paredes, que las rompería si no se espandiese como lava hirviendo por la garganta del ruiñeñor ó por la palabra; y una facultad de hallar relaciones entre las cosas más lejanas, semejanzas donde el vulgo sólo ve diferencias y contrastes donde aquél no vé sino desesperada monotonía.

Un crítico contemporáneo ha dicho que el poeta es un observador que vé ciertas cosas con vidrio de aumento. Debe añadirse que ese observador pinta admirablemente los sentimientos ó ideas que su óptica excepcional refleja, estableciendo relaciones imperceptibles para los otros entre ese objeto y los demás que descubre en el campo de su dilatada vision.

Pues puede establecerse que facultades análogas se ponen á contribucion del sábio.

El estudio analítico de los fenómenos es de un precio incalculable. Pero al estudio rutinerio, minucioso, machacoso, de los hechos, jamás le ha debido la ciencia ninguno de sus grandes descubrimientos.

Casi todas las altas concepciones científicas han aparecido por vía de inspiracion, como por encantamiento, en el cerebro de los grandes sábios.

No se descubrió que la tierra se movía, analizando atentamente astro por astro, constatando el movimiento de cada estrella, planeta ó vólido. Galileo, como un iluminado, por un esfuerzo de imaginacion que el vulgo calificaría de locura, la sintió voltear en el espacio, observando las oscilaciones de la lámpara de la catedral de Pisa. Como un effuvio, como un don comunicado por alguna hada á su favorito, la idea apareció en el sublime apóstata.

Cierto buen dia, un hombre que reposaba á la dulce sombra de los árboles, es atraído por la caída de una manzana; y los mundos que hasta entónces habían girado caprichosamente en el espacio, narrando la gloria del Señor, suspenden su incoherente narracion, se someten al yugo de la gravitacion universal y cuenta un filósofo que al presente sólo narran la gloria de Newton y Laplace.

Las biografías de la vida íntima de los sábios, son valiosísimas para el sicólogo y el lógico. De seguro que examinando bien cómo han procedido los grandes descubridores, se aprenderá mucho más que en el estudio de unas cuantas reglas " para pensar ", artísticamente hilvanadas por los lójicos abstractos.

Volviendo á nuestro objeto, indicar como el sabio procede por inspiracion rápida, no es proclamar la inutilidad de las observa-

~~~~~

ciones pacientes, ni la haraganería científica. Sin duda que esas brillantes hipótesis no serían sinó relámpagos ó fuegos fátuos, si no se comprobasen despues con la explicacion sistematizada de los hechos acumulados por la observacion. Sin duda tambien que sin una disciplina previa del espíritu, esas intuiciones rápidas no se producirían. Cuando á Newton le preguntaron una vez cómo había procedido para hallar la ley de la gravitacion, el ilustre sábio no cometi6 la torpeza de contestar que viendo caer una manzana: pensando siempre en ella, contest6.

Pero el hecho evidente es que si bien la paciencia es uno de los elementos del genio, el genio no es tan solo una larga paciencia, y que la mitad cuando ménos del talento científico consiste en una gran imaginacion, en un sentimiento verdaderamente poético. Ser Arist6teles ó Spencer es tener la inspiracion de Homero ó de Shakespeare, unida á la paciencia de Job.

## VI

Con efecto: exáminese cualquier descubrimiento y se verá que hay sucesivamente dos operaciones: una de imaginacion, la otra de comprobacion. En su pintoresco estilo, dice Bagehot que el descubrimiento de una ley natural es análogo al de un crimen: en el primer caso se detiene á la persona sospechosa, en el segundo se aísla la causa sospechada.

Tomemos, por ejemplo, los hermosos experimentos que han conducido á M. Pasteur á demostrar que el virus vacuno se produce mediante la accion del oxígeno. Observando los efectos del cólera de las gallinas y el carbunco de los carneros, había notado que cuando diluía una gota de sangre infeccionada en caldo de gallina y en seguida lo inoculaba, sucedía que unas veces la terrible enfermedad se presentaba en toda su fuerza y otras considerablemente atenuada; y que los casos de atenuacion se producían cuando había dejado pasar cierto tiempo entre la disolucion y la inoculacion.

Decididamente, la causa que atenuaba el virus obraba durante el tiempo en que aquel era obandonado en el caldo de gallina. ¿Pero cual era esa causa?

Solamente una hipótesis podía ayudar á descubrirla: es decir, la obra de la imaginacion.

Ocurriósele al ilustre químico que podía ser el oxígeno del aire, y su mision ent6nces, fué aislar esa causa, probar el delito, para

valerme de la comparacion del malogrado historiador. Aquí es que empieza la accion del método experimental propiamente dicho.

Desde luego constató que cuando el virus estaba al contacto del aire, podía obtener cada vez cultivos en los que el micro-organismo iba perdiendo sus calidades dañosas; que al fin se llegaba á obtener una siembra en que esas calidades se perdían por completo; y por último, probó que cuando ponía gérmenes en un frasco herméticamente cerrado, de modo que la pequeña cantidad de oxígeno fuese rápidamente consumida, el virus nada perdía de su intensidad.

Es despues de tales experimentos, que M. Pasteur háse atrevido á formular su teoría de que el principio general de la vacunacion, reside en una accion, aún ignorada, del aire ó del oxígeno sobre los bacterios que producen las terribles enfermedades que con celo pio trata de prevenir.

Es á estos diversos modos de aislar la presunta causa, que Bacon titulaba tablas de presencia, ausencia y grados, y que la lójica moderna denomina métodos de concordancia, diferencia y variaciones concomitantes.

Pero la cuestion que nos importa es: ¿hasta qué punto el método experimental es aplicable á la ciencia social?

Es obvio que la experimentacion no es aplicable á las sociedades. A duras penas pueden librarse los fisiólogos del ridículo celo de las sociedades protectoras de los animales que querían impedir toda experimentacion en fisiología. Pero de seguro que á nadie se le ocurre pretender hacer experiencias sobre las sociedades.

Así, pues, cuando los fisicos ó químicos nos dicen, mostrándonos sus continuos éxitos: operad como nosotros, se parecen bastante á aquel sastre, gran conocedor de paños, que tratando de trasmitir á su dependiente el arte, se contentó con exclamar: no hay más que tocarlos!

¿Cómo se tocan? Hé aquí la cuestion.

No pudiendo el sociólogo, como el fisico, aproximar las causas para producir á voluntad los resultados que sospecha, tiene aquél que limitarse á la simple observacion de los hechos. Constatará, respecto de la institucion ó ley que estudie, cuáles son sus efectos en las sociedades en que exista, cuál la situacion de aquéllas en que sea desconocida y cómo esos efectos han variado segun la mayor ó menor energía de la institucion ó ley.

Pero esta observacion es dificultosísima. Sucede generalmente que

los fenómenos sociales son producto de multitud de causas; que por consiguiente, la falta de una es suplida por otra; que los fenómenos que inmediatamente anteceden al que se trata de explicar no son sino síntomas de las verdaderas causas; que la accion de éstas es tan lenta y complicada, que se hace dificilísimo seguirlas al través de todos los acontecimientos, y á su vez los efectos se producen lenta y tardíamente.

Rara vez, como lo observa M. Bain, se encontrarán situaciones en que aparezcan aisladas las causas, como en los experimentos de ciencias más sencillas.

Así se explica la diversidad de soluciones de las cuestiones sociales. El uno afirma que tal pena ha reprimido el crimen soberbiamente, mientras que el otro afirma que recrudeció; el uno dice que la instrucción produjo tales y cuales resultados en un país, mientras que el otro los atribuye á la prosperidad económica, etc.

El método experimental apenas daría resultados, si un procedimiento de simplificación de fenómenos, no hubiera producido consecuencias análogas á las que produjo la aplicación de las matemáticas á la astronomía.

Así como la reducción de los astros á puntos y de las órbitas á líneas ha simplificado asombrosamente aquella ciencia, así la estadística, reduciendo á números los fenómenos sociales, ha permitido indicar el resultado de tal ó cual institucion de una manera precisa; y quizá no es exagerado el elogio que de ella hace Buckle cuando dice que ya ha hecho conocer más la naturaleza humana que todos los demás ramos de la ciencia.

Con efecto: ántes de la estadística, el método experimental estaba reducido al más grosero empirismo. Se probaba todo. Siempre había varios casos que citar en pró ó en contra de un sistema. Y como todas las instituciones humanas producen bien y mal y toda la cuestion está en optar por la que produzca ménos mal y más bien, salvo los casos en que la cuestion era muy simple, apenas había medio de resolver.

La estadística, indicando el quantum de bien ó de mal y reduciendo á la sencillez de los números todos los complejos fenómenos sociales, es para el sociólogo un instrumento tan valioso como el microscopio para el naturalista ó el telescopio para el astrónomo.

## VII

Se equivocan de medio á medio los que creen que las ciencias experimentales desdeñan la vía deductiva: al contrario, ésta es generalmente la contra-prueba del procedimiento inductivo.

Así, en la teoría de la descendencia, una vez que Darwin se hubo elevado á su concepcion á partir de vários hechos aislados, no fué sólo la experimentacion lo que comprobó la teoría, sino sobre todo sus numerosas aplicaciones á la geología, anatomía comparada, distribucion geográfica de los organismos, embriología, etc. Así, los experimentos de Pasteur ántes citados, no bastan para dar una teoría completa de la vacunacion. Será necesario que se explique deductivamente por qué reacciones el oxígeno neu raliza las propiedades de los bacterios.

Con mayor razon, la deducccion tiene que jugar un rol de primer órden en el método sociológico. Desde que la sociología estudia al hombre social, naturalmente debe aprovechar los resultados de la biología y de la psicología; debe aplicar deductivamente las leyes descubiertas por estas ciencias.

Ejemplos notables de estas aplicaciones nos ofrecen las obras de Herbert-Spencer cuando explica, por ejemplo, el efecto necesario de la caridad oficial á partir de las leyes reguladoras de la poblacion en todas las especies, ó la de Bagehot cuando explica el progreso humano como un caso particular de la ley de la seleccion natural.

Los economistas han aplicado el mismo método. Así, Ricardo no se contentó con constatar que los salarios se equivalían en las profesiones que reclamaban el mismo trabajo y la misma aptitud, sinó que explicó la ley empíricamente descubierta, como una consecuencia del deseo de todo hombre de mejorar de fortuna, deseo que necesariamente debía hacerle pasar de las industrias sobrecargadas de brazos á las más solicitadas.

Pero si bien el método deductivo auxilia poderosisimamente á la induccion, no debe marchar nunca sólo. Concurren en la sociedad tal número de causas modificadoras, que las consecuencias más rigurosamente deducidas suelen recibir un mentís soberano de los hechos.

Tomemos dos ejemplos á la Economía Política, por lo mismo que es la más organizada de las ciencias sociales.

El mismo Ricardo fué obligado á reconocer que había dado una

extension exagerada á su ley sobre equilibrio de los salarios. Con efecto, al afirmar que siempre que á igualdad de capital y trabajo se diese remuneracion más alta en una industria que en otra, los asalariados acudirían á la que ofrecía más alta remuneracion hasta que se restableciese el equilibrio, el distinguido economista había prescindido de la resistencia que á tal movimiento ofrecían la rutina, la pérdida de capital, etc.

Recorriendo la monumental obra de Buckle, encontraba casualmente un ejemplo evidente de los inconvenientes de la vía deductiva. Se pregunta el gran historiador qué países ofrecerán mayor remuneracion al trabajador, si los de climas frios ó los de climas tropicales. A primera vista, la cuestion no parece dudosa. El habitante de climas frios necesita una nutricion muy carbonizada, mientras que el de climas templados necesita una nutricion oxigenada. Ahora bien, la primera es mucho más difícil de producir que la segunda. Por otra parte, los habitantes de climas frios, necesitan más nutricion que los de climas cálidos. La conclusion que parece evidente es que con un pequeño salario puede llevar vida más cómoda el habitante de los climas tropicales que el de los climas relativamente frios. Sin embargo, Buckle demuestra con los ejemplos de la Judea, Méjico, Perú, Irlanda, etc., que al contrario, no ha habido pueblos miserables que los que habitaron regiones en que la nutricion era sumamente abundante. Es que el lógico no ha tenido presente dos leyes: una teológica, la de la poblacion, otra económica la de la distribucion. Do quiera que ha habido una alimentacion abundante, la poblacion se ha desarrollado enormemente, mientras que ese desarrollo ha sido limitado en las zonas frias. De aquí, que aún cuando en los últimos hubiera ménos elementos que en las primeras, en resumidas cuentas había más para cada individuo. Además el número enorme de brazos, aumentó el precio de todo capital y de aquí ese lujo y miseria, esa mala distribucion de la riqueza, que es un carácter comun de las sociedades indicadas.

Es necesario, pues, que los hechos controlen *pari passu* los resultados de la deducción.

## VII

Tales son, bien imperfecta ó incompletamente espuestos, los principios fundamentales del método aplicable á las ciencias sociales.

---

No tomeis las indicaciones que preceden como un programa de clase. Reconozco las dificultades que por mucho tiempo impedirán constituir definitivamente la ciencia social, y nada me agradaría ofrecer un programa parecido á los de los de los gobiernos que infaliblemente aseguran el reinado de los derechos individuales, restablecimiento del crédito público, etc., etc. A fé que en esta materia "querer no es poder." Limitome, pues, á ofrecer que haré todos los esfuerzos de que soy capaz para aproximarme á ese programa ideal.

---

Á LA PERÍNCLITA MEMORIA  
DE  
DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA  
EN EL SEGUNDO CENTENARIO DE SU MUERTE  
POR DON JOSÉ DEVOLX Y GARCÍA

POESÍA QUE OBTUVO EL PRIMER PREMIO EN EL CERTÁMEN NACIONAL DE MADRID

---

Te celebrant alii quanto decet ore, tuasque  
Ingenio laudes uberiore canunt.

OVIDIO.

No el carro volador, no los corceles  
Como flechas del viento, no la espada,  
Rayo y muerte en la mano gigantea  
Del púgil triunfador, no los laureles  
De Olímpia y de Nemea,  
La resonante entrada  
Del templo de la gloria  
De par en par abrieron  
A los que en sus certámenes vencieron:  
Píndaro fué quien los legó á la historia.

Ni áun viviría errando por los mares  
Desde Troya hasta Olisipo, el de Itaca  
Rey sin ventura, aunque felice esposo  
Por la fe conyugal yazga en sus lares,  
Si el plectro sonoro  
Del padre Homero pedestal no hiciera  
Para su nombre en monumento hermoso,  
Que á los siglos sin fin sobreviviera.  
¿Quién esculpió en mi mente aquel modelo  
De ánimo invicto, de altivez romana,

Régulo insigne, sino el sacro celo  
De la potente lírica horaciana?

Fué dado al vate el inextinto anhelo  
De fama; por su amor perder la vida,  
Y al digno de ella sublimar al cielo.  
¿Podéis vosotros? Pues venid, ceñida  
De lauro el arpa, ingenios inmortales  
De Mantua, Esmirna, Tívoli y Cefiso!  
No escribe la belleza en sus anales  
Nombre más alto, porque el cielo quiso,  
Por timbre egregio de la patria mia,  
Que fuese en CALDERON raro portento  
La palabra, volcan la fantasía,  
Luz de perpetuo brillo el pensamiento.

Si bastara este insólito ardimiento  
Del corazon para ensalzar tu nombre,  
O el éxtasis divino  
Del que te ve subir á la ardua esfera,  
Nunca hollada del hombre,  
Al punto pediría  
A la noche la voz de los arcanos,  
Su arpa de flores al naciente día,  
Su inefable armonía  
A tierra y cielo, abismos y oceanos.  
Mas, ¿quién soy yo? ¿Dó está mi poderío?  
Ante ti mi palabra desaparece  
Cual leve gota en caudaloso río.

Tu palabra es buril, por quien parece  
Que la sangre en el mármol precipitas;  
Es pincel, y natura se enriquece  
Con galas mil cuando su lujo imitas;  
Es lira, y los raudales  
Que brotan de ella, copian los concentos  
Ya del aura que juega en los rosales,  
Ya de horrisonos vientos.  
Mas si es pincel, buril, lira divina,  
Tu númen celestial, ¿quién tendrá acentos

Dignos de ti, si gracia peregrina  
 No hace un alma gigante  
 Con las de Esquilo, Sófocles y Dante,  
 Buonarroti, Ezequiel y Palestrina?

Copia el lago sereno y transparente  
 De su orilla las ramas y las flores;  
 Copia el hechizo de la luz naciente,  
 Del reino azul la espléndida llanura  
 Que inunda el sol, la tarde y los primores  
 Con que borda las nubes de occidente,  
 Y al fin la noche embalsamada y pura,  
 En que el tibio lucir de las estrellas  
 Llega hasta el corazon, que habla con ellas  
 De aquel amor que eternamente dura.  
 Así el poeta cuya gloria canto  
 (Bien que humillado, trémulo y sin tinó,  
 Como lleno de espanto  
 Saulo al pié del sagrado torbellino),  
 Sus secretos robó á naturaleza,  
 Que se vió por el arte con más vida  
 En nueva creacion reproducida,  
 Con sus leyes, su ritmo y su belleza.

Pero ¿veis? Ni los cielos  
 Con su vívido azul, astros, fulgores,  
 Celajes de oro y purpurinos velos;  
 Ni el florido pensil con sus colores,  
 Blando aroma y canoros arroyuelos,  
 Tienen alma, ni toda la infinita  
 Creacion con su mágico atavío,  
 Si el hombre, rey del tiempo, no la habita,  
 Dándole á todo inteligencia y brío,  
 Inflamándolo todo con la llama  
 Del corazon, que anhela sin hartura,  
 Sólo vivir si ama,  
 Y halla en morir de amores su ventura.

Por ello ante el magnifico senado  
 Del docto pueblo y de la corte egregia

Presentó el inspirado  
 Genio de CALDERON, ya en pompa regia,  
 Ya al carro de las penas amarrado,  
 Siempre al hombre, corona, suma y parte  
 Primera en el espacio y en el arte.

La vanidad de cuanto el hombre toca,  
 La nada en que respira,  
 La ansia febril que al crimen le provoca  
 Y le sumerge en liviandad y en ira,  
 Lo que era al parecer inmóvil roca,  
 Cede á un soplo, en cenizas se convierte;  
 Y cuando el hombre observa que es tirano  
 De su sér inmortal el polvo vano,  
 Siervo yace en los reinos de la muerte.

La espada que de sangre no se hastia;  
 Celos, terrores, dudas; las celadas  
 Que teje al casto amor audaz falsia,  
 Y la virtud al fin, fúlgido guía  
 Del alma en esta lid devastadora,  
 CALDERON, rey del canto,  
 Tan sabiamente remontó á la escena,  
 Que el dilatado manto  
 Real de las Castillas,  
 Pasma de las naciones,  
 Por él supo adquirir nuevos blasones.

La augusta descendencia  
 De los Hermenegildos y Fernandos  
 Abatió para siempre la insolencia  
 De los impuros bandos  
 De Arabia y Palestina;  
 Por Eleano y Colon sus más profundos  
 Secretos robó al mar, y con divina  
 Mano humilló las armas de dos mundos.  
 Dió el Tajo á España aceros que espantaron  
 En las rudas peleas  
 De San Quintin, Otumba y Cerinola;  
 Y en las sábias é ilustres asambleas

De Paris, Roma y Trento, derramaron  
 Lumbre inmortal las ciencias españolas.  
 CALDERON, heredero.  
 De aquella edad que al paganismo entero  
 Miró eclipsarse bajo el sol de Aquino,  
 Y manar á raudales  
 La inspiracion del vate florentino,  
 Y surgir las augustas catedrales,  
 Mantiene altivo el lábaro en su diestra,  
 Y al griego y al latino  
 Vence el númen cristiano en la palestra.

Ya el arte no es la barca combatida  
 Sin rumbo cierto en ignorados mares;  
 Ni aparece la vida  
 Juego vil de torpísimos azares,  
 Sin libertad, indigna de la pena  
 O del premio, del trono ó la cadena.  
 El arte con la fe va á las alturas,  
 Oye las melodías increadas  
 Y ve cómo á oleadas  
 De eterno amor, formarse las criaturas.  
 Soplo de Dios, la libertad descende,  
 Se junta al barro, animalo, se ignora,  
 En liviandad frenética se enciende,  
 Su cielo olvida, su ignominia adora;  
 Y otra vez del amor la llamarada  
 Se agita, y del cordero  
 La sangre derramada  
 Del Gólgota en la cumbre,  
 Hace al santo madero  
 Foco imperecedero  
 Que arte y conciencia y corazon alumbre.

El arte halla en la cruz raudal de ciencia;  
 Halla el sentido interno,  
 La frase arcana, la invisible esencia,  
 El plan del drama eterno  
 Que se explica del hombre en la existencia.  
 A favor de los rayos celestiales

En cuyo limbo el lábaro se eleva  
Redentor, los supremos ideales  
Ve de virtud, de amor; y el pensamiento,  
Por ignota voráGINE lo lleva,  
Como su carro á Elías,  
Desde la tierra en que el gemir del viento  
Sólo es eco de humanas agonías,  
Hasta el inmoble asiento  
Donde reinan sin fin las armonías.

La tierra es para el vate como un lago  
De lágrimas, que al fin truécase en velo  
De cristalina plata  
Donde el azul del cielo,  
Prometiendo venturas, se retrata.  
Sobre la tierra el hombre (en cuya frente  
Brillan la inspiracion y el prepotente  
Soplo del Increado),  
De voz sublime, de ánimo creyente,  
Altivo, noble, audaz, enamorado.

Y este hombre que crea  
De CALDERON la ardiente fantasía,  
Tiene como en sagrario la alta idea  
De su origen y excelsa gerarquía.  
Y como el Arca Santa á los profanos  
Con su aliento mortífero barría,  
Él, justiciero y fuerte,  
Da por muro á su honor línea de muerte.

Cuando atiende al honor, el caballero,  
Con gloria y sin fatiga,  
Mueve en la lid el fulminante acero;  
De sus hierros desliga  
Al oprimido y triste que le llama;  
Y siempre en aras del honor severo,  
Tributa como ofrenda  
El alma á Dios, en cuyo amor se inflama;  
A la patria y al rey, sangre y hacienda,  
Y el corazon estático á su dama.

La mujer que el poeta  
 Imagina, es sublime criatura  
 Digna del hombre á quien su amor inquieta,  
 Hermosa, altiva, fiel, pura, discreta,  
 Cielo abreviado y dicha sin hartura.

Así al verse los dos, en la mirada  
 Primera, como al mar buscan los ríos  
 Y luz la mariposa fascinada,  
 Pídense adoracion sus albedríos.  
 Es su pasion recíproca la extensa  
 Lluvia de luz que espacio y tierra dora,  
 La vastedad de la llanura inmensa  
 Que con diadema de orbes se decora,  
 Y al fin rayo y torrente sin defensa  
 Cuando engendra los celos,  
 Expresion de la sed devoradora  
 De insaciables anhelos,  
 Que no comprende amor en que hay medida,  
 Cambio y vacilacion, porque una vida  
 Es poco para hartar hambre de cielos.

Por el vate inmortal surge evocada  
 La creacion, y muéstrase en la escena  
 De magestad orlada,  
 De sin igual belleza, como templo  
 Que el aliento de Dios perfuma y llena,

Y de virtud perenne y coronada.  
 Tu excelso númen, CALDERON divino,  
 De toda esencia arrebató el secreto;  
 El vió al mundo en sus órbitas sugeto,  
 Y al hombre, siempre autor de su destino,  
 La virtud por espada, en lucha fuerte  
 Con la vida triunfar á olvido y muerte,  
 Abrirse á lo eternal anecho camino.

Y porque más tu gloria  
 Superase al momento  
 Que el hombre llama siglos, y á su historia,

---

Sobre el inmoble asiento  
De la virtud fijaste el monumento  
Ciclópeo y sin rival de tu memoria.

Reyes, emperadores, dinastías,  
Códigos y centurias perecieron;  
Mas tu nombre es la herencia de los días.  
Hoy la patria por ti reviste el manto  
Cuyas orlas cien reyes recogieron,  
Cuando con más admiración que espanto  
Fueron en pos de su triunfal carroza;  
Por ti hoy no siente ni rubor ni llanto,  
Por ti el mísero pueblo canta y goza.

¿Oyes? . . . son tus hermanas  
Las liras castellanas  
Que el aire pueblan de acordados sonos.  
¿No escuchas melodías más lejanas?  
¿Ya se acercan! ¡Ah! ¡Sí, son las naciones  
Que tu númen profundo  
Llenó de vida y luz é inspiraciones!  
¿Quiere el templo en que brillas  
Timbre mayor y lauro más fecundo?  
Pues renovando muertas maravillas,  
Ante España hoy por tí se postra el mundo.

---

## La primavera

POR DON ABEL J. PEREZ

La luz del nuevo día  
Se expande por el mundo,  
Lanzando sus torrentes  
De inmensa claridad.  
La brisa lleva el eco  
Del piélago profundo,  
Que eleva sus murmullos  
De excelsa majestad.

Suspiran en las alas  
Del céfiro ligero,  
Las notas cadenciosas  
Del ave al despertar,  
Que canta con los rayos  
Que esmaltan el otero,  
Que trina con el beso  
Del sol, al asomar.

En los alegres campos  
Y en la frondosa vega,  
Resuenan los cantares  
Del labrador feliz,  
Que ve ya de las flores  
A la estación que llega,  
Que ve la primavera  
Que empieza á sonreír.

La brisa pasajera  
Batiendo va sus álas,  
Meciendo las espigas

---

Con plácido vaiven,  
Que ondulan en los campos  
Cual las primeras galas,  
Que arranca á sus entrañas  
La práctica del bien!

Salud, auras primeras,  
Efluvios deliciosos,  
Murmurios de las fuentes  
Que resonáis, salud!  
En vuestros campos, llenos  
De ruidos misteriosos,  
Se aspira como un soplo  
De paz y de virtud!

Dejad que llena el alma  
De afanes indecibles,  
Se espacie en vuestros senos  
Forjando una ilusion,  
Sondeando los secretos  
Que guarda indefinibles,  
Soñando en la inocencia  
Que huyó del corazon!

Dejad que con el ave  
Que vuela entre las flores  
Robando de sus senos  
La codiciada miel,  
Cante tambien los prados  
De fúlidos colores,  
Mi voz una al concierto  
Que suena en el verjel!

La luz que baña el prado;  
El céfiro que gira;  
Las aves que cantando  
Sus músicas nos dan;  
La brisa que en las ramas  
Del álamo suspira;  
Aromas y armonías  
Que entre sus alas van,

---

Todo convida, todo.  
El mágico concierto  
Que entre las alas ledas  
Del vienteillo va,  
Nos guía en sus susurros  
De nuestra dicha al puerto,  
Nos lleva presurosos  
A do la calma está.

Salud, hogar sagrado  
Del labrador bendito,  
Que cifra sus afanes  
En la labor tenaz !  
Tu amor es la familia,  
Tu ley es lo infinito !  
Tú alcanzarás mañana  
La bendecida paz !

Salud, hogares gratos,  
Salud, campos tranquilos,  
Donde la envidia nunca  
Su trono asentará:  
De la esperanza, puertos,  
De la virtud, asilos,  
Donde la calma se halla,  
Donde la dicha está !

## Imitacion de Becquer

POR D. EDUARDO VARGAS

Volverá la lozana primavera  
La campiña de flores á sembrar,  
Que otra vez, como ántes, sus corolas  
Erguidas lucirán.

Pero aquéllas que yo te recojía  
Y en tu seno dejabas marchitar,  
Aquéllas que adornaron tus cabellos . . . .  
Esas . . . . ¡no volverán!

Volverán otros sauces sobre el río  
Sus llorosos ramages á inclinar,  
Y entre sus verdes hojas, los jilgueros  
Alegres gorjearán.

Pero aquéllos donde íbamos amantes  
Con el mío tu nombre á entrelazar,  
Aquéllos do grabamos tantas fechas . . . .  
Esos . . . . ¡no volverán!

Volverán otras noches de verano,  
Y allá bajo las hojas del parral,  
De tu amante las rítmicas canciones  
Gozosa escucharás.

Pero aquéllas que yo te dedicaba  
Y que tú me enseñabas á cantar,  
Aquéllas que reunidos aprendimos . . . .  
De ésas . . . . ¡te olvidarás!

Acaso las recuerde tu memoria

---

Cuando no puedas como yo olvidar,  
Cuando lastime el desamor tu pecho . . . .  
Entónces volverán!

Y entónces las memorias de otros dias  
Hermosas á tu mente acudirán,  
Y entónces al que tanto te ha querido  
Tal vez recordarás!

Montevideo, Febrero 5 de 1881.

---

## SUELTOS

### NOTA BIBLIOGRÁFICA

POR EL DOCTOR D. LUIS MELIAN LAFINUR

“Un poeta más! Esto es, más luz en el firmamento, más claridad en el espacio, más elevacion en el arte!” exclamaba ahora tiempos Miguel Cané, con motivo de expresar su agradecimiento y simpatía á la feliz traductora de una elegía de Mussét.

Nos vienen á la mente estas palabras, recorriendo con placer las páginas de un nuevo libro lírico.

“Versos de Alberto Navarro Viola“ es el modesto título de la coleccion de poesías que nos ocupa. Modesto para la ingenua intencion del autor. Por lo demas . . . . *carminis ars incllyta*.

No nos toma de sorpresa la aparicion del libro: algunos de sus cantos nos eran conocidos. Publicados en Buenos-Aires, la prensa de Montevideo los transcribió con frecuencia. Siempre supimos holgarnos de la transcripcion.

Segun el arreglo estético del autor, tiene su obra tres partes.

“El alma desolada“ es la primera. Hizo el poeta su culto de una mujer sublime, *alma mater*, que se eclipsó repente dejando el altar vacío. Nada la sustituye en el hogar; vive empero en el recuerdo del hijo amante como en los tiempos de las dulces confidencias, y de los proyectos que truncó la muerte.

Siguen despues los “Cantos“, infiltrados de un espíritu sincero y veráz, que tanto aplaude el esfuerzo antimonárquico del gaucho montonero de las gloriosas épocas, como ensalza y admira la obra colosal y duradera de Voltaire, como anatematiza á los verdugos execrables de Jordano Bruno, apóstol del racionalismo, que la clemencia del Santo Oficio martirizó á fuego lento para . . . . evitarle la efusion de sangre, *clementissime et citra sanguinis effusionem puniretur*. Merced á esa piedad católica, puede decir Jordano tristemente:

El viento melancólico no zumba  
Sobre la piedra de mi tumba helada,  
Porque no tiene tumba  
La ceniza á los vientos disipada.

“A la distancia” es la última division del tomo; su parte más subjetiva, de más diseccion del alma. Palpitan en esa parte los entusiasmos de los diez y ocho años, perdidos en las brumas que los arrebatan, envolviéndolos en las nubes del pasado.

Apareció el hada de los caros ensueños juveniles, y . . . . el poeta lo dice:

«La amé con el calor de una novela  
Como á Leonor, á Julia, ó á Graziela.»

La historia de como no queda más que una reminiscencia de lo que prometia ser perpetuo idilio, es de leerse en la intimidad del poeta. Hubo “altivez” por uno y otro lado, dudas acaso por uno solo, y hoy queda de todo, ¿qué? un tierno sentimiento. . . . á *la distancia*. Cosas de la tierra.

.....  
¿Crítica en una humilde nota bibliográfica?

Ni pensarlo. Quede eso para otros, á quienes advertiremos por lo que pueda *no importarles*, que en general le tenemos poca fe á la opinion contemporánea. Es más fija *l'ardua sentenza* de la posteridad.

Cuando Byron dió á luz sus “Horas de Ocio” maltratólo el cenáculo de la *Revista de Edimburgo*. A Lamartine, con su primer tomo de poesías, le sucedió algo mucho más grave: Chateaubriand lo saludó como un jóven de talento, destinado á tener éxitos de salon con las mujeres.

Nos permitimos recomendar los “Versos” de Navarro Viola, á los espíritus delicados y á los cultores de lo bello.

---

Traducimos los siguientes sueltos de *L'Année Scientifique*, que acaba de publicar M. Figuiet :

“M. Graham Bell, el célebre inventor del teléfono, ha recurrido á la electricidad para descubrir, por medio de una aguja, la posición y profundidad de un proyectil ó de cualquier otra sustancia metálica que se halle en el cuerpo humano. El fin que se proponía era reducir á su minimum, por ese medio, el dolor y el peligro de la investigación de cuerpos extraños en el interior de los tegidos. Sucede con frecuencia, en efecto, que el proyectil no se encuentra en el paraje en que se practica la incisión para descubrirlo. En semejante caso es necesario buscarlo en otra parte, causando una nueva herida que puede aumentar la gravedad del mal.

M. Graham Bell comienza por hundir una aguja fina en la región que se supone contenga el proyectil. Esta aguja comunica por una de sus extremidades con un teléfono que el cirujano aplica á su oído. La otra extremidad está en relación con la piel del enfermo. Cuando la punta de la aguja encuentra la bala de plomo, se forma una pila á consecuencia del contacto del plomo con la superficie metálica aplicada sobre la piel. Se establece de esa manera una corriente eléctrica que atraviesa las bobinas del teléfono, y este instrumento emite un ruido particular cada vez que la aguja toca el plomo. El cirujano puede entonces practicar con toda confianza la incisión.

Si la presencia de la bala no es revelada por la aguja, se evita al paciente una herida innecesaria, puesto que todo el mundo sabe que el pinchazo de la aguja es tan poco peligroso, que puede atravesarse de ese modo impunemente una parte cualquiera del cuerpo. El dolor que se experimenta á consecuencia del pinchazo es también sumamente ligero y es posible suprimirlo por la eterización local de la región sometida á la experiencia.

Este procedimiento ha sido experimentado en el laboratorio Volta en Washington. En un trozo de carne de vaca, se buscó una bala de plomo de la manera que acaba de indicarse. El contacto de la aguja con los huesos no producía efecto, en tanto que cada vez que la aguja se ponía en contacto con el plomo, se percibía un sonido muy claro.

Los sonidos así producidos, aunque bastante distintos, son forzosamente débiles; pero una modificación del aparato permite obtenerlos mucho más marcados. La modificación consiste en poner en

---

el circuito un *temblador*, que produce numerosas interrupciones y hace oír una nota musical en el teléfono á cada contacto de la bala con la aguja.

Cuando en el circuito se pone una pila, el teléfono puede ser oído por muchas personas á la vez, tan fuerte es el sonido. En este último caso, el teléfono da un sonido á partir del instante en que la aguja penetra en la piel, pero ese sonido es muy débil, en razon de la gran resistencia del cuerpo humano al paso de la corriente. Desde que la aguja toca el plomo, se produce un acrecentamiento del sonido, á causa del aumento de superficie de los electrodos metálicos y de la carne, que causa una disminucion de resistencia en el circuito. Los efectos son más marcados todavía, si se emplea una aguja cubierta con un barniz aislador. Es preferible servirse de un pila débil.

M. Graham Bell dice que esos métodos de exploracion le han sido sugeridos por las ingeniosas sondas eléctricas de M. Trouvé, en las cuales se emplean dos conductores, completando la bala el circuito.

Este método de exploracion, dará indudablemente grandes resultados en un campo de batalla, donde es imposible el uso de aparatos complicados. “

---

“ Reina actualmente en América, en los distritos de New-Hampshire, Maine y Canadá, una pequeña epidemia de accidentes nerviosos en extremo notable, caracterizada por la produccion de movimientos reflejos desordenados, que se manifiestan ya á consecuencia de ciertas escitaciones, ya bajo la influencia de órdenes dadas con autoridad y recibidas con sumision, ya en fin en virtud de una irresistible tendencia á la imitacion. Se ha llamado enfermedad del *salto* á esta nueva afeccion nerviosa.

Véanse los principales caractéres de esta afeccion, segun el doctor Beard, quien la ha hecho conocer á la *Sociedad Neurológica* de New-York.

El menor contacto brusco produce sobresaltos en el enfermo; si se le oprime, la agitacion se hace más violenta; si todavía se aumenta la escitacion, dá saltos estravagantes. Si se dá una orden en alta voz y con energía, él la repite y obedece. Si hallándose por ejemplo, cerca de un rio, se le ordena que se arroje al agua, grita á

~~~~~

su turno, dirigiéndose á sí propio: "Arrójate al agua", y al mismo tiempo se precipita al río. Si se le ordena que pegue á uno de sus vecinos, repite: "Pegadle" y la acción sigue á la palabra sin la menor dificultad.

En ciertos casos, la orden así reproducida, va acompañada de violentos gritos análogos á los del histerismo ó epilepsia.

El Dr. Beard recitó delante de uno de esos *saltadores* absolutamente iletrado, algunos versos de Virgilio y Homero, y el enfermo repetía sucesivamente cada sílaba, como un eco, al mismo tiempo que saltaba ó hacía contorsiones.

Todos los ruidos bruscos, los producidos por el cañon, la pistola, golpes violentos de puertas, determinan en los *saltadores*, contorsiones y saltos. Uno de ellos se cortó la garganta al oír el ruido violento de una puerta mientras se afeitaba. Todos esos enfermos se debilitan en extremo debido á la frecuencia de las contorsiones.

La enfermedad del *salto* es esencialmente crónica; parece tener cierta analogía con los desórdenes síquicos que se desarrollaron epidémicamente durante la edad media. Difiere de las convulsiones histéricas en que no es una afección esclusiva de las personas nerviosas é impresionables. Los saltadores son individuos vigorosos, capaces de duros trabajos y de inteligencia mediana. La afección parece ser hereditaria; se ha observado en el seno de cuatro familias quince de esos enfermos. Las mugeres gozan de cierta inmunidad y las niñas que no han llegado á los cuatro años están libres del mal.

Segun el Dr. Beard, esta enfermedad es una consecuencia patológica de las cosquillas. Resulta de una costumbre propia á los salvajes de ese país, que se entretienen en los bosques haciéndose cosquillas los unos á los otros.

Se ha empleado sin éxito el bromuro de potasio en esos enfermos, Ningun tratamiento ha podido curarlos."

Un astrónomo americano, el profesor Langley, ha emitido una curiosa opinión acerca del color de la luz solar. Los físicos admiten, desde Newton, que la luz que emana del sol es blanca: M. Langley afirma que es azul. Nuestra atmósfera y los cambios diversos de que ella es susceptible, explican por qué razón el disco del

sol se nos presenta unas veces blanco ó blanco-gris, y otras amarillo ó rojo. Segun la teoría de M. Langley, el sol es tan azul como la luz eléctrica. Si miramos esta última fuente luminosa á través de una atmósfera más ó ménos suave, más ó ménos amarillenta ó gris, observamos que adquiere los diversos tintes que se notan en el disco solar. Si pudiéramos suprimir esas causas, el disco del sol aparecería azul, como la luz eléctrica.

Si esta opinion se confirma, será necesario reformar la teoría de la luz que hoy se profesa. “

“ Segun las experiencias de D'Arsouval y Couty, el mate, tomado con frecuencia ó en dosis fuertes, ó inyectado en las venas, ejerce una accion considerable sobre los cambios de los gases de la sangre. Este alimento modifica la sangre arterial, lo mismo que la sangre venosa, disminuyendo su ácido carbónico y su oxígeno en proporciones enormes, que en ciertos casos corresponden á la tercera parte ó á la mitad de las cantidades normales.

Es difícil explicar esta accion del mate sobre los gases de la sangre, puesto que no tiene ninguna relacion necesaria con los fenómenos de excitacion del nervio simpático, pero su existencia demuestra la importancia y el valor nutritivo de un alimento que es consumido en América por millones de kilogramos y que comienza actualmente á generalizarse en Europa. “

El *Centro de Instruccion* de San José, convencido de que la base de la regeneracion de nuestra sociedad se encuentra en la educacion popular, acaba de inaugurar una escuela de enseñanza primaria, adoptando los sistemas, métodos y programas que rigen en las escuelas de Montevideo.

Aplaudimos calurosamente ese paso, que tanto honra á la juventud de San José. Los pueblos de nuestra campaña no verán desaparecer los funestos efectos de la ignorancia y las múltiples causas de su malestar, mientras se conserven en la inaccion y no contribuyan con sus esfuerzos propios á desarrollar los poderosos elementos de vida que encierran en su seno.

Sarmiento, en uno de sus últimos discursos, recordando los beneficios que había producido la Sociedad de Amigos de la Educacion Popular de Montevideo, invitaba á los jóvenes de Buenos-Aires á fundar una asociacion análoga, como único medio de dar un enérgico impulso á la enseñanza y despertar verdadero entusiasmo por las cuestiones educacionistas.

Por nuestra parte, hacemos sinceros votos para que el Centro de Instruccion, en su nueva y fecunda tarea, demuestre en el terreno de la práctica la misma perseverancia que la Sociedad de Amigos, á fin de que pueda realizar en San José una empresa tan grandiosa y tan patriótica como la que aquélla ha llevado á cabo en Montevideo.

La publicacion que hicimos en el número anterior de esta revista, del importante trabajo del Dr. Moreno, nos obligó á dar seis pliegos de material en lugar de los cinco que ordinariamente se imprimen. Por esta causa el número presente, solo ofrece cuatro pliegos, en justa compensacion del aumento expresado.
